



UNIVERSIDAD BÍBLICA  
**LATINOAMERICANA**  
PENSAR • CREAR • ACTUAR

**BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS**  
**BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS**

## LECTURA SESIÓN 12

# CBX 110 NUEVO TESTAMENTO II

Tuñí, Josep y Xavier Alegre. “El Apocalipsis de Juan”. En *Escritos joánicos y cartas católicas: introducción al estudio de la Biblia*, 213-257. Estella: Verbo Divino, 2022.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

Parte tercera  
EL APOCALIPSIS DE JUAN  
por  
Xavier Alegre

En los cursos académicos ordinarios de las Facultades de Teología, el Apocalipsis hace, a menudo, el papel de *cenicienta*. A excepción de unas breves exposiciones en el curso de *Introducción al NT*, normalmente no suelen dictarse cursos sobre este libro. Y, sin embargo, es uno de los más leídos y comentados desde su origen, sobre todo en las iglesias antigua y medieval, como queda reflejado en el arte, tanto románico, como bizantino, donde la figura del Pantocrator, el Cristo majestático que sostiene en su mano el libro sellado con siete sellos (cf. Ap 5,8), se convierte en dominante. También la imagen de Cristo Juez (cf. 1,16; 19,15) aparece frecuentemente en el arte medieval. Pero, a la vez, el Apocalipsis resulta uno de los más enigmáticos por su lenguaje y simbología. Un gran especialista ha llegado a afirmar que «de todos los escritos del Nuevo Testamento, el Apocalipsis de san Juan es ciertamente el más difícil» (Feuillet).

Por otro lado, comparte con el evangelio de Juan el haber sido uno de los textos más controvertidos del NT. Mientras unos lo alaban por su alto nivel cristológico y su mensaje de esperanza para las comunidades cristianas, otros lo denigran por considerar que infunde más bien miedo y ser, por tanto, poco coherente con el mensaje cristiano (p. ej. Lutero en sus primeros escritos). Mientras unos ven en él, sobre todo en círculos fundamentalistas y apocalípticos, el anuncio de los últimos tiempos, otros lo cuestionan precisamente por las lecturas fundamentalistas a que ha dado pie y por las falsas expectativas de una venida inminente del fin del mundo que despierta en círculos más bien sectarios. Mientras los grupos

fundamentalistas y carismáticos, sobre todo en determinadas sectas, fomentan una lectura literalista y alienante del texto, otras, como las comunidades de base latinoamericanas, perseguidas por el imperio de turno, descubren en dicho texto una crítica a los poderes políticos injustos y un profundo mensaje de esperanza.

Hoy el Apocalipsis ha recuperado su actualidad, sobre todo entre las comunidades cristianas perseguidas por su fe y por su fidelidad al Evangelio. Pues se sienten en profunda sintonía con Juan y sus iglesias perseguidas por un imperio injusto, el de Roma, como ellas son perseguidas también por poderes políticos que se sienten amenazados por la manera radical como ellas viven el seguimiento de Jesús. En este sentido, hoy aparece claro que el Apocalipsis es un libro de resistencia cristiana, escrito por un hombre profundamente creyente, un profeta (cf. 22,9-10; 1,3), que quiere ayudar a sus comunidades a superar la crisis religiosa que provoca entre los cristianos la persecución que están sufriendo. Con su libro, el autor no sólo quiere ayudarles a interpretar la historia que les ha tocado vivir, sino contribuir también a transformar esta historia para que responda al proyecto del Dios de la Alianza y Padre de nuestro Señor Jesucristo.

Para estudiar, con rigor, el Apocalipsis hay que empezar por su dimensión literaria. Sólo a través de ella podemos descubrir, con un mínimo de objetividad, lo que el autor pretendía decir a su comunidad y, a través de su escrito, a sus posibles lectores. Pero la dimensión literaria no es separable, en un libro religioso, de su dimensión teológica ni de la situación socio-histórica en la cual se originó la obra. Por ello éstos van a ser los tres temas que estudiaremos aquí, teniendo en cuenta que se iluminan mutuamente. Una gran distancia histórica, lingüística y cultural nos separa del Apocalipsis. Por ello, un acercamiento sólido al trasfondo histórico-literario del texto, que tenga en cuenta los aportes científicos de la investigación, resulta imprescindible para una interpretación seria del mismo.

## Capítulo VI DIMENSIÓN LITERARIA

Para una comprensión adecuada del Apocalipsis resulta esencial el estudio de sus elementos literarios, como lo muestra la abundante literatura especializada que se ha publicado en los últimos años. Ha sido precisamente el aporte de los métodos histórico-críticos lo que ha facilitado una lectura, verdaderamente ecuménica, del Apocalipsis que supere las interpretaciones aberrantes y fantásticas a que, a menudo, ha dado lugar.

### I. EL TEXTO

#### 1. *Crítica textual*

Gracias a las investigaciones sobre Ap realizadas en el campo de la crítica textual <sup>1</sup>, podemos hoy confiar en que las ediciones críticas modernas nos ofrecen, en lo fundamental, el texto original de Ap y clasificar bien los distintos manuscritos que dan testimonio de su texto.

La historia de la formación del texto griego de Ap puede sistematizarse en cuatro corrientes. En primer lugar, el deno-

<sup>1</sup> Cf. H.C. Hoskier, *Concerning the Text of the Apocalypse*, 2 vols. (Londres 1929); J. Schmid, *Studien zur Geschichte des griechischen Apokalypsetextes*, 2 vols. (Múnich 1955-1956), que es la obra fundamental desde el punto de vista de la crítica textual; además, cf. la actualización de estos estudios que hace J. Delobel, *Le texte de l'Apocalypse. Problèmes de méthode*, en J. Lambrecht (ed.), *L'Apocalypse johannique et l'Apocalyptique dans le Nouveau Testament* (Lovaina 1980) 151-156, con la bibliografía que él ofrece en la nota 1 de la p. 151; cf. también A. Strobel, *Apokalypse des Johannes*, TRE 3, 180.

minado *texto neutral*, emparentado con la traducción de la Vulgata, testimoniado por los códices A y C, así como por el código minúsculo 2053 y el texto del comentario de Ecumenio. Es el que ha conservado mejor el texto original. En segundo lugar, el código Sinaítico, emparentado con el texto anterior, aunque contiene algunas correcciones de poco valor (cf. también el papiro 47). Pero existen también otros dos grupos que representan más bien recensiones, menos cercanas al original, del texto y que son independientes entre sí. Así, el texto del comentario de Andrés de Cesarea, que encontramos también en diversos códices minúsculos y, finalmente, el texto representado por el código minúsculo 046 y muchos otros códices minúsculos.

La historia de la tradición del texto está relacionada con las dificultades que encontró Ap para ser aceptado como libro canónico, sobre todo por las iglesias del Oriente. Entre los siglos III y V tenemos sólo unos diez manuscritos mayores; desgraciadamente para la crítica textual de Ap, el código B está incompleto a partir de Heb 9,15. Pero los papiros 18 y 47 son del siglo III. Aunque es verdad que la mayoría de los manuscritos antiguos son de los siglos IX al XI, sin embargo, conviene tener presente que encontramos citas en Justino, Clemente de Alejandría, Hipólito de Roma, Orígenes, Metodio de Olimpo y Eusebio de Cesarea. Entre los Padres latinos, destacan Tertuliano, Cipriano, Victorino de Petau, Ticonio y san Agustín.

## 2. *Lengua y estilo*

Según Eusebio, ya Dionisio de Alejandría decía a propósito del Ap: «No voy a negar que él (Juan) haya podido ver revelaciones y recibido conocimiento y profecía. Pero en cuanto a su estilo y lengua, veo que no son estrictamente griegos y que él hace uso de giros bárbaros y que incluso comete pecados contra la gramática, que no es necesario alegar ahora» (*Historia Eclesiástica*, VII 25,26).

Hoy los especialistas coinciden en afirmar que la lengua original de Ap es el griego, aunque su autor es, como mínimo, bilingüe, por cuanto su manera de pensar y de expresarse está claramente marcada por el hebreo o el arameo, aunque no se pueda excluir que el autor, conscientemente, procure imitar el lenguaje sagrado del AT. Por ello se ha pensado que el au-

tor escribió en griego (el griego de la *koiné*), aunque pensaba en hebreo (Charles). La lengua y el estilo son tan distintos del resto de la literatura joánica –cuarto evangelio y cartas–, que no pueden ser atribuidos al mismo autor, como veremos más abajo.

#### a) Vocabulario

Es más bien restringido y muestra los límites del autor. A veces recurre a vocablos tradicionales, pero de sentido impreciso o desconocido, o bien utiliza vocablos poco conocidos, que toma del mundo del lujo que es criticado por el autor.

#### b) Sintaxis

El autor se toma sus libertades con la gramática, tanto griega como semita. Encontramos aposiciones, sobre todo en nominativo, que no concuerdan con el nombre o pronombre al que hacen referencia. Un caso típico es el de 1,4 en la fórmula *apo ho on kai ho en kai ho erkhomenos*, que contiene una construcción en nominativo con la preposición *apo*, siendo así que en otros lugares el autor utiliza adecuadamente *apo* con genitivo. A menudo hay *construcciones ad sensum*. Con frecuencia, después de un neutro sigue un masculino (Ap 5,6). Lo que más desconcierta es el uso de los tiempos verbales –véase, p. ej., cómo juega con los verbos en 11,7-13, donde empieza con verbos en futuro, sigue con el presente y acaba con el aoristo– y un cambio de los modos verbales que va contra todas las reglas lingüísticas

#### c) Semitismos

De las construcciones sintácticas, típicamente griegas, faltan sobre todo las que no tienen correspondencia en el hebreo de la época. Así, p. ej., no encontramos en Ap ni un solo genitivo absoluto, cosa que no ocurre en Jn. Las construcciones de infinitivo con acusativo son poco frecuentes; sí se encuentran con *dei*, porque no hay alternativa, pero cuando hay alternativa, sólo se encuentran en 2,2.9; 3.9.

#### d) Estilo

Los especialistas concuerdan en considerarlo inimitable, único. Es típica de Ap la repetición de determinados motivos.

Así, el título *el que es, el que era y el que viene* (1,4; 1,8; cf. también 11,17 y 16,5, donde ya no se dice *el que viene*, pues cuando empiezan los acontecimientos finales, con la encarnación/exaltación de Jesús, Juan considera que «ya ha venido»). O la fórmula, que se repite tres veces, *kai semeion (mega/allo) ofthe en to ourano* (12,1.3; 15,1). O la exhortación *ho ekhon ous akousato ti to pneuma legei tais ekklesiáis*, con que concluye cada una de las cartas de 2-3. O la repetición de *allelouia* en 19,1-8.

### 3. *Hermenéutica*

Para poder interpretar bien Ap es preciso que lo situemos dentro de la corriente de la literatura apocalíptica que floreció entre los siglos II a.C. y el I d.C. (véase más adelante). Aquí anotaremos algunas de sus características generales, que nos den la clave para la interpretación de su mensaje.

#### a) *El lenguaje cifrado*

El carácter revolucionario y subversivo de los textos apocalípticos obligaba a sus autores a utilizar un lenguaje críptico, cifrado, inteligible sólo para los miembros de la comunidad respectiva, pero no para los espías y censores del imperio de turno, en el caso de Ap el Imperio romano.

#### b) *Los símbolos*

El lenguaje simbólico es uno de los rasgos más específicos de la literatura apocalíptica y contribuye a convertirla en literatura cifrada. En Ap las imágenes están tomadas, a menudo, del AT. Si tenemos en cuenta las citas y las alusiones al AT, Ap podría ser visto como un *puzzle* del AT.

Los símbolos suelen contener imágenes complicadas, a menudo barrocas, sacadas de la naturaleza (animales y plantas) o del arte (estatuas, piénsese en Daniel). De hecho, el punto de partida del simbolismo apocalíptico es el sueño, que en el mundo bíblico es interpretado como una revelación de Dios (cf. Gn 20,3; 28,12ss; 37,5-10; Dn 7,1ss; Mt 1,18-23, 2,12.13ss.18ss). El sueño evolucionó en visión, a veces con imágenes sobrecargadas, imposibles de imaginar, por lo que el sabio tiene la función de interpretarlas, cosa que suele hacer a menudo por medio del «ángel intérprete», al que se atribuye

la misión de ir descifrando el significado de las imágenes o de los hechos (17,7ss; Mc 16,6).

El lenguaje simbólico, además de ser más sugerente, tiene la ventaja de que universaliza el mensaje. Pues, aunque los símbolos se estén refiriendo, primariamente, a una realidad que está viviendo el autor, sin embargo el lenguaje simbólico ayuda a tomar conciencia de que su mensaje es válido para todas las épocas. Esto aparece muy claro en algunos de los simbolismos utilizados por Ap y que han sido tomados de la tradición profética y apocalíptica del AT, donde se aplicaban a los imperios de turno que amenazaban al pueblo de Israel.

Así, p. ej., si en Ap 17 y 18 el autor quiere hablar del Imperio romano que persigue a la comunidad, lo hará denominándolo «la gran Babilonia, la madre de todas las prostitutas y de las abominaciones de la tierra» (17,5), empleando imágenes que Isaías y Ezequiel habían utilizado para identificar a las ciudades opresoras de Israel, sobre todo Babilonia, que se convirtió para los judíos en símbolo del mal y del peligro de idolatría que acecha al pueblo creyente. Dentro de la misma línea puede denominarla también «la Bestia de la tierra» (13,1ss) y la pintará diciendo que «se parecía a un leopardo, con las patas como <sup>2</sup> de oso, y las fauces como fauces de león» (13,2), atribuyéndole así los símbolos que en Dn 7,4-6 se aplicaban a los imperios babilonio, medo y persa. Con ello indica que el poder de Roma es como el de los tres imperios juntos. Y si la Bestia tiene siete cabezas –siete es símbolo de plenitud, como veremos luego– y en 17,9 dice que dichas cabezas simbolizan «siete colinas» –Roma era conocida, ya en la antigüedad, como la ciudad de las siete colinas– o «siete emperadores», con ello se dan al lector/oyente iniciado unas pistas para desentrañar el significado del símbolo. No olvidemos que 17,10-11 parece aludir a Domiciano, que, por su crueldad y persecución de los cristianos, podría ser visto como concreción de la leyenda que suponía que Nerón volvería a la vida y su reino sería aún más horroroso de lo que lo fue la primera vez.

Los colores son también simbólicos. El blanco significa la victoria o la gloria de los elegidos que participan de la vida de Dios (7,9.13-18; 19,8). El color blanco puede significar, también, la eternidad del personaje (en este caso el Hijo del hom-

<sup>2</sup> El uso de la partícula *como* es típico del lenguaje apocalíptico, por cuanto sus autores son conscientes de que sus visiones sólo pueden ser aproximadamente expresadas por medio de comparaciones y símbolos; cf. p. ej. Mc 1,10; Hch 2,3.



bre), que es pintado con unos cabellos que «eran blancos, como la lana blanca, como la nieve» (1,14). En cuanto al rojo de fuego, color de sangre, es símbolo de asesinato, de violencia (6,4). Por ello, si en 17,4 se nos dice que la prostituta que simboliza, como hemos visto, al Imperio romano, «estaba vestida de púrpura y escarlata, resplandecía de oro, piedras preciosas y perlas», con ello nos está haciendo tomar conciencia el autor de que este lujo está hecho también a costa de la sangre de los cristianos, empobrecidos y perseguidos por su fidelidad a los valores de Jesús; recordemos lo que nos dice en 17,6: «vi que la mujer se embriagaba con la sangre de los santos y con la sangre de los mártires de Jesús» (cf. también 13,15-17). En la misma línea, se nos dirá que la serpiente, que simboliza a Satanás (12,3), es roja, pues las comunidades joánicas saben perfectamente que el diablo es asesino por naturaleza (cf. Jn 8,40-44). El caballo pintado de negro (6,5-6) simboliza el sufrimiento que comporta la inflación; tengamos en cuenta que una parte pequeña de los alimentos básicos para los pobres –como ocurría en Asia Menor con el trigo y la cebada– cuesta un denario, es decir, el salario de un día (cf. Mt 20,2). El gris amarillento (6,7-8) es símbolo de peste y de muerte.

Algunos de los símbolos son fáciles de interpretar, sobre todo si se está familiarizado con el AT. Así los cuernos son símbolos clásicos del poder y por ello Juan representa con siete cuernos tanto a Cristo (5,6) como a Satanás (12,3). Y la Bestia de la tierra tiene siete cabezas y diez cuernos (13,1; 17,3), significando las diez coronas de sus cuernos (17,2) los reyes vasallos que recibirán su poder de Roma. En cuanto a la mujer que en Ap 12 está coronada de doce estrellas –símbolo de las doce tribus de Israel; véase también los doce patriarcas y los doce apóstoles que aparecen en 21,22– y da a luz a un hijo varón que el dragón quiere devorar, pero que cuando nace «es arrebatado hasta Dios y hasta su trono» (12,5; cf. también 12,4-5), simboliza el pueblo de Dios <sup>3</sup>, que en el Calvario da a luz al Mesías liberador: al ser glorificado Jesús, Satanás queda vencido, destronado; recordemos que el ser expulsado del cielo, que se narra en 12,7-12, es un modo simbólico de expresar la consecuencia fundamental de la resurrección, en cuanto ésta es el comienzo de los tiempos nuevos y del triunfo de-

<sup>3</sup> Cf. lo que diremos más adelante, pues se trata de una cuestión debatida, como veremos.

finitivo de Dios sobre la muerte y el mal, simbolizados por el demonio; una idea familiar en el NT que aparece en Lc 10,18 y Jn 12,31.

Todos los símbolos tienen en Juan una función eminentemente religioso-política, pues con ellos se le está dando al lector, por un lado, una Buena Noticia (14,6), que el imperio injusto que está persiguiendo a los cristianos caerá (véase 16,18 y la alegría con que canta su caída en Ap 18); y, por otro, sirve de advertencia al lector para que mantenga siempre viva la alerta y la militancia cristiana. Pues cuando caiga Roma, Babilonia puede volver a resurgir en otro imperio, ya que el monstruo, el dragón, renace sin cesar en un mundo injusto, mientras no se haya hecho realidad el triunfo pleno de Dios (20,7-10) y no haya bajado a la tierra la Jerusalén celestial, el cielo nuevo y la tierra nueva (21,1-22,5), que Dios tiene prometidos, como nueva creación, para el fin de los tiempos. En este sentido, el simbolismo ayuda a tomar conciencia de que el mensaje de Ap es un mensaje válido para todas las épocas, mientras la Iglesia sea peregrina en la tierra.

### *c) Los números*

Son una de las claves fundamentales para poder interpretar el pensamiento apocalíptico y ponen de manifiesto la sistematización propia del género. Juan los emplea profusamente en su obra. El número 7 sale 54 veces, el 12 aparece 23, el 4 sale 16, y el 3, 11 veces; el 10 lo encontramos 10 veces, y el 1.000 otras 6. Con ellos se indica la certeza con que Dios gobierna el mundo.

En Ap el número más importante es, sin duda, el siete. Significa la plenitud y, a la vez, es utilizado, junto con el número doce, para simbolizar un motivo teológico fundamental que el autor quiere que quede bien patente para la comunidad: la Alianza de Dios con su pueblo, una alianza a la que él se mantiene siempre fiel. Este número simboliza la Alianza, porque es la suma o la multiplicación del tres y el cuatro. El tres simboliza plenitud y es la cifra que suele utilizarse para Dios en el mundo bíblico, pues aunque tanto el judaísmo como el cristianismo son religiones radicalmente monoteístas, sin embargo con el tres simbolizan la riqueza y el dinamismo de Dios, su misterio más profundo. En este sentido hay que interpretar a los visitantes misteriosos que encontramos en Gn 18,2 y es

el que está en la base de la doctrina de la Santísima Trinidad. En todo caso, el tres tiene un cierto valor de absoluto. En este sentido, si Is 6,3, citado por Ap 4,8b, dice de Dios que es «santo, santo, santo», con ello se indica que Dios es totalmente santo. De modo semejante, si Pedro niega tres veces a Jesús (véase Mc 14,66-72), con ello se significa que lo niega radicalmente. Y si según Jn 21,15-17 el mismo Pedro le confiesa a Jesús tres veces su amor, con ello se señala que Jesús le ha concedido la reconciliación total. Por otro lado, el número cuatro (4,6ss; cf. Ez 1,5; Is 6,2-3) simboliza el mundo creado –los cuatro vientos o cuatro puntos cardinales de la tierra que era vista como cuadrada–.

Si se tiene esto presente, se comprende, entonces, que el mero hecho de que Ap esté estructurado en septenarios, como veremos, es una Buena Noticia para la comunidad (14,6). Pues le está diciendo de modo subliminal, pero muy eficaz, que, a pesar de las dificultades y persecuciones que padece por parte de los poderes del mal, a pesar incluso de los fallos de las mismas Iglesias cristianas –este aspecto lo desarrolla el primer septenario, el de las cartas–, Dios, que es fiel a la Alianza, no olvida ni abandona a su pueblo y le sigue protegiendo, cosa muy importante, pues, en el momento en el cual Juan escribe su obra, todo esto resulta muy difícil de descubrir y de creer. En cambio, el que los males descritos en el libro duren sólo tres años y medio (la mitad de siete) o su equivalente, es decir, 42 meses, (11,3; 13,5) o 1.260 días (11,3; 12,6) es, por ello, una Buena Noticia. Pues con ello no se indica cuánto van a durar exactamente los males descritos, ni mucho menos cuándo va a ser el fin del mundo –como señala Jesús en Mc 13,32, Dios no revela ni siquiera al Hijo cuándo van a ocurrir todos los acontecimientos anunciados por el vidente apocalíptico–, sino que se anuncia que el mal tiene sólo una duración limitada, un motivo que es típico de la apocalíptica. Con ello se pretende ayudar al creyente a mantener viva la esperanza, ya que así se le indica que Dios no permite nunca, por amor a los elegidos, que la persecución y los sufrimientos duren excesivamente (cf. Mc 13,20).

En este sentido hay que colocar también dentro del marco de la Buena Noticia –en contra de la manipulación que de la cifra realizan muchas sectas– el que el número de los elegidos sea de 144.000, doce mil por cada tribu de Israel (7,4-8).

Pues dicho número equivale a la multiplicación de doce por doce por mil –mil indica una gran multitud–. Con ello el autor no quiere subrayar que el número de los elegidos es un número limitado (*sólo* 144.000), sino todo lo contrario, como lo confirma el texto que leemos inmediatamente a continuación: «Después miré y había una muchedumbre inmensa, que nadie podía contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos» (7,9).

También hay que interpretar simbólicamente que en 14,20 se diga que los ángeles del juicio «pisaron el lagar fuera de la ciudad y del lagar corrió tanta sangre que subió hasta los bocados de los caballos en un radio de 1.600 estadios». Con ello Juan quiere indicar que todo el mundo será objeto del juicio –la imagen del lagar pisoteado hace alusión al juicio de Dios (cf. Is 63,3; Ap 19,15)– y nadie podrá escapar a él, pues 1.600 es la multiplicación de cuatro por cuatro por cien.

#### *d) Citas del AT y alusiones*

En Ap son sobre todo los libros del Éxodo, de Ezequiel y de Daniel los más utilizados por el autor para sus visiones y símbolos. Esta predilección se debe a que en estos textos es donde aparece, con claridad meridiana, la intervención salvadora de Dios en la historia. En ellos se narra efectivamente cómo Dios liberó a su pueblo de la esclavitud en Egipto, del exilio en Babilonia y de la opresión selúcida.

#### *e) Principales corrientes hermenéuticas*

El texto de Ap ha dado pie a diversas interpretaciones, que podríamos sintetizar en cuatro corrientes principales <sup>4</sup>: 1) La interpretación histórico-temporal, que se esfuerza por explicar Ap desde el punto de vista histórico-social de la comunidad y época en que fue escrito. Ap se referiría, entonces, a hechos históricos concretos, ocurridos a finales del siglo I. 2) La interpretación historicista que cree descubrir en Ap un anuncio anticipado de diversos acontecimientos históricos hasta el momento actual. De acuerdo con ello, cada autor va aplicando las «predicciones», a menudo de modo peregrino, a los acon-

<sup>4</sup> Cf. R.H. Mounce, *The Book of Revelation* (Grand Rapids 1977) 39-45.

tecimientos históricos que se han vivido hasta el momento en el cual escribe. 3) La interpretación futurista o escatológica que subraya que Ap pone el énfasis en la victoria final de Dios sobre las fuerzas del mal. 4) La interpretación idealista o atemporal, que sostiene que Ap no hace referencia a ningún suceso histórico, sino que pretende expresar, más bien, los principios básicos, de acuerdo con los cuales Dios actúa en la historia.

#### 4. *Género literario: el fenómeno apocalíptico*

Aunque Ap es un libro único en el NT –lo cual no excluye que sí encontremos en él algunos fragmentos apocalípticos, como Mc 13 (cf. los paralelos Mt 24 y Lc 21; y además 2 Tes 2; 1 Cor 15,20-28)–, conviene tener muy presente que el fenómeno apocalíptico era frecuente en el mundo antiguo y, sobre todo, en el bíblico y extrabíblico; así, aparte de Daniel, sobre todo 7-12, y de diversos fragmentos que encontramos en el AT, como Is 24-27; Zac 9-14; y Joel, tenemos obras muy significativas en el mundo apócrifo, tanto judío como cristiano. Entre los libros apócrifos son muy significativos los escritos atribuidos a Henoc –sobre todo 1 Henoc o Henoc etiópico, que contiene fragmentos que van desde el siglo III a.C. hasta la primera mitad del siglo I d.C.– y dos textos judíos, contemporáneos del Apocalipsis, 4 Esdras y 2 Baruc o Baruc siríaco.

A las características de lenguaje cifrado y pseudonimia (sobre la pseudonimia véase más abajo, pp. 281-283) que hemos visto ya en Ap, conviene añadir aquí que, aparte de una cierta visión dualista del mundo que encontramos también en Ap, es típico de la apocalíptica que la revelación –que puede ser en forma de epifanía, visión, audición, viaje al mundo celeste, recepción de un libro celeste oculto– no sea recibida directamente de Dios, sino por medio de un ángel o de Cristo. El contenido de estas revelaciones suele girar en torno a dos centros fundamentales, los secretos de la naturaleza –lo cual sirve para fijar el calendario o para hablar de los astros– y el descubrimiento de lo que ocurrirá en el futuro. A menudo se revela cómo son los lugares de premio y castigo en la otra vida (cf. 1 Henoc y Apocalipsis de Pedro). Es propio también de la apocalíptica que, al acentuarse la trascendencia de Dios, los ángeles y los demonios desempeñen un papel importante en los acontecimientos de este mundo.

## II. CONSTRUCCIÓN DEL APOCALIPSIS

Dado que la estructura concreta de Ap es un tema debatido entre los investigadores, empecemos procurando descubrir el sentido global de la obra, siguiendo sus rasgos generales.

### 1. Introducción (1,1-8)

El prólogo de Ap, al igual que el epílogo, con el que forma inclusión (en ambos resuenan los mismo temas), da a toda la obra una atmósfera de serenidad, de confianza, en consonancia con el tono claramente litúrgico que caracteriza a toda la obra, llena de himnos litúrgicos que cantan el señorío de Dios y del Cordero. Este carácter litúrgico aparece ya en la primera de las siete bienaventuranzas que encontramos en Ap: «Dichoso el que lea y los que escuchen las palabras de esta profecía y guarden lo escrito en ella, porque el Tiempo está cerca» (1,3). Y viene confirmado por el hecho de que 1,4-8 y 22,6-21 están formulados a modo de diálogo litúrgico, subrayado por los *amén* que encontramos en lugares clave:

«Juan a las siete iglesias que están en la provincia de Asia: gracia y paz a vosotros de parte del que es, del que era y del que está a punto de llegar; de parte de los siete espíritus que están delante de su trono y de parte de Jesucristo, el testigo fidedigno, el primero en resucitar de entre los muertos y el dominador de los reyes de la tierra. Al que nos ama y nos liberó de nuestros pecados con su propia sangre, al que nos ha constituido en reino y nos ha hecho sacerdotes para Dios, su Padre, a él la gloria y el poder para siempre. Amén. ¡Mirad cómo viene entre las nubes! Todos le verán, incluso quienes le traspasaron, y las razas todas de la tierra tendrán que lamentarse por su causa. Así será. Amén» (1,4-7; cf. 22,16-21) <sup>5</sup>.

También en relación con el contexto litúrgico podría estar el que se utilice el género epistolar; véase 1,1-3.4-6; 22,21. Con ello Juan enmarca en forma de carta toda la obra, lo cual recuerda las cartas de Pablo, que eran leídas en las reuniones litúrgicas de las comunidades. Pero esa relación no es necesari-

<sup>5</sup> Sobre la dimensión litúrgica de Ap, cf. P. Prigent, *Apocalypse et liturgie* (Neuchâtel 1964); U. Vanni, *Un esempio di dialogo liturgico in Ap 1,4-8*, *Biblica* 57 (1976) 453-463, publicado también en Íd., *L'Apocalisse: ermeneutica, esegesi, teologia* (Bologna 1988) 101-113; Íd., *L'Assemblea liturgica si purifica e discerne nel «giorno del signore» (Ap 1,10)*, en *L'Apocalisse*, 87-97.

ria, pues el contexto de carta podría deberse al hecho de que Juan está alejado de sus comunidades por su destierro en la isla de Patmos (1,9), o a que desde Pablo la carta era la forma que se esperaba de un líder cristiano que escribía con autoridad.

## 2. *Cartas a las Iglesias (1,9-4,11)*

Si todo Ap ha recibido una configuración última que lo asimila a una carta <sup>6</sup>, no tiene por qué sorprendernos que el primer septenario de la obra esté formado por siete cartas dirigidas a siete iglesias que, por el número, simbolizan a la Iglesia universal –por eso cada una de las siete cartas habla al final de lo que el Espíritu dice a *las Iglesias*, ¡en plural! Con ello Juan entronca conscientemente con un género literario muy común e importante en el cristianismo primitivo (piénsese en las cartas de Pablo, de Juan, de Pedro, etc.). Una carta, por definición, es un escrito. Y si se trata de una revelación es una *Escritura*, es decir, una palabra fija que puede servir de polo de referencia en todo momento para ver si una comunidad vive o no de acuerdo con el Evangelio. Esto es algo fundamental en los momentos de crisis religiosa, sobre todo cuando existe una persecución contra la comunidad que ha causado ya varios mártires. Por ello Juan con sus cartas y septenario inicial intenta, ante todo, reconfortar y animar a sus comunidades. Para ello empieza mostrándoles en una primera visión, la inicial (1,9-20), que el Hijo del hombre, idéntico con el Cordero degollado y, por tanto, con Jesús de Nazaret, es por don de Dios el auténtico Señor de la historia y el encargado del juicio sobre el mundo, preparando así el Juicio definitivo sobre la historia que Jesús, el «Rey de reyes y Señor de señores» (19,16) realizará en el quinto septenario con el que este septenario forma inclusión.

En las cartas, Juan va indicando a sus comunidades cuáles son sus cualidades y sus defectos, pues intenta movilizarlas con su escrito para que, recordando su amor primero (2,4), den testimonio profético en medio del mundo que les persigue, y corrijan los defectos y herejías que se están introdu-

<sup>6</sup> Sobre el aspecto epistolar de Ap puede verse M. Karrer, *Die Johanne-soffenbarung als Brief. Studien zu ihrem literarischen, historischen und theologischen Ort* (Gotinga 1986).

ciendo en las comunidades, un motivo frecuente en los escritos tardíos del Nuevo Testamento (cf. Heb 10,19ss; 1 Pe 1,3ss; 4,12ss). En este sentido son muy significativas las últimas palabras de Jesús en la última carta:

«Yo reprendo y castigo a los que amo. Anímate, pues, y cambia de conducta. Mira que estoy llamando a la puerta. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo. Al vencedor le sentaré en mi trono, junto a mí, lo mismo que yo también he vencido y estoy sentado junto a mi Padre, en su mismo trono» (3,19-21; cf. 3,14-21).

Estas palabras dan el sentido profundo de todo el septenario y son la clave de lectura que anticipa el contenido de toda la obra. Pues, por un lado, anuncian la promesa de que Dios llegará a ser al final el Dios-con-nosotros (21,3) y, por otro, exhortan a la conversión, ya que el que no lo haga será objeto de la ira de Dios, como lo muestran el cuarto y el quinto septenario (14,6-20,15).

El septenario concluye con una liturgia celestial (4,1-11), en la cual la creación, simbolizada por los cuatro animales, y el pueblo de Dios del AT y NT, representado por los veinticuatro Ancianos, cantan la gloria y el poder de Dios que triunfará plenamente en el quinto septenario. Esta liturgia muestra al mismo tiempo la íntima relación y unidad del septenario de las cartas con el resto de Ap. Nótese que sobre todo está relacionado con Ap 5, que es el comienzo del septenario de los sellos.

### 3. *Septenario de los sellos (5,1-8,1)*

Este septenario forma una unidad profunda con el tercero (el de las trompetas) y el cuarto (el de las copas), confirmando así la estructura concéntrica de Ap. Anticipa la estructura de los dos septenarios que siguen, los cuales a su vez tienen una estructura claramente paralela, pues la apertura de los sellos pone al descubierto, en una visión celeste, las fuerzas que configuran la historia, revelando su significado profundo. Por eso el septenario habla de un libro sellado con siete sellos (5,1), es decir, totalmente. El que el libro esté sellado subraya, por un lado, la importancia de su contenido. Y, por otro, la dificultad de poder conocer lo que está escrito en él, si no se rompen los sellos. Este libro contiene el plan de Dios sobre la his-



toria <sup>7</sup>. Pero dicho plan permanece secreto para los seres humanos que sólo conocen de la historia lo más superficial, como se indica simbólicamente en 5,1 con el hecho de que el libro está escrito por el anverso y el reverso; el autor piensa en un rollo que está enrollado, por lo cual apenas se puede leer nada de él si no es desenrollado, una vez se hayan roto los sellos.

La pregunta que se plantea, entonces, al lector/oyente es la de saber quién es capaz de romper estos sellos (5,2), es decir, de revelar el sentido profundo de la historia. Para Juan la respuesta es clara. Sólo Cristo (5,3ss) pone en marcha definitivamente el plan de Dios en la historia y es capaz, a la vez, de revelar su significado más profundo (5,9-10). Pues por su muerte, tras la persecución y condena como proscrito en una cruz, y su resurrección –esto es lo que se simboliza calificándolo como «Cordero en pie con señales de haber sido degollado» (5,6)– se ha convertido en clave de la interpretación de la historia y en comienzo de la nueva humanidad, como canta el primero de los ¡tres! cantos litúrgicos que introducen a este septenario de los sellos:

«Eres digno de recibir el libro y romper sus sellos, porque has sido degollado y con tu sangre has adquirido para Dios hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación, y los has constituido en reino para nuestro Dios, y en sacerdotes que reinarán sobre la tierra» (5,9-10; cf. Jn 12,32-33).

Pero junto con el papel único de Cristo, Juan quiere revelar también otros cuatro aspectos de la historia, que luego desarrollará en los dos septenarios siguientes:

1) La acción liberadora de Dios encuentra en la historia unas fuerzas negativas que intentan contrarrestar dicha acción. Estas fuerzas son explicitadas, en el quinto sello (6,9-11), con el motivo de la persecución que está sufriendo la comunidad.

<sup>7</sup> Según Charlier, *op.cit.* 426, en él se establece una especie de balance del mundo; en cambio Prigent, *L'Apocalypse*, 94s, seguido por González Ruiz, *op.cit.* 115, cree que el libro es el AT, el cual resulta letra muerta mientras Cristo no lo ilumina (y cita a favor de esta interpretación las opiniones de Hipólito, Orígenes, Victorino de Pettau), aunque señala que muchos autores ven en el libro «el plan de Dios», es decir, lo que sucederá. Sobre las diversas opiniones puede verse Brütsch, *op.cit.* 106s.

2) Pero dicha persecución no es la última palabra de Dios sobre la historia. Pues Cristo, que es el auténtico Señor de la historia (por don de Dios, su Padre), ha salido ya para vencer (6,1-2), lo cual significa que el Bien acabará triunfando sobre el Mal, es decir, que Dios hará justicia a los mártires, tal como éstos le piden en 6,11-12. Y esta victoria del Bien no será sólo parcial y temporal, sino definitiva, pues, como indica el sexto sello (6,12-17), estamos ya a las puertas del nacimiento del mundo nuevo, como lo muestran los terribles signos apocalípticos que, como los dolores de parto (cf. Mc 13,8), acompañan el nacimiento del mundo nuevo.

3) Mientras tanto los males que azotan este mundo no van dirigidos contra los creyentes, que no están dejados totalmente de la mano de Dios; éste es el sentido del interludio que encontramos en 7,1-8, donde el sello con el cual los ángeles marcan a los elegidos recuerda el modo como, según Ez 9, Dios preserva a sus fieles del castigo, al igual que ocurrió en el éxodo con las casas selladas con la sangre del Cordero pascual según Éx 12,1-14. Tampoco son castigos ciegos o absurdos de Dios, sino que son, como lo muestran los cuatro primeros sellos, sobre todo el segundo, tercero y cuarto que anticipan las plagas que se explicitarán luego en los septenarios tercero y cuarto, en clara alusión a las plagas de Egipto, llamadas a la conversión de los incrédulos (como en Éx 7,13.22; 8,15; 9,35; cf. también 9,12; 10,1.20; 7,14; 9,34). Pero como ocurrió ya con el Faraón en Egipto, Juan prevé que la lógica del Imperio romano y de sus aliados llevará a los malvados a no convertirse.

4) En esta situación le toca a la comunidad mantenerse fiel a los valores del Cordero degollado, aun a costa de la propia vida, del martirio; y confiar en la salvación final de Dios, que los mártires viven ya anticipadamente (7,9-17), cuando Dios les haga participar del triunfo del Cordero que está de pie, es decir, resucitado, ante el trono de Dios. A ellos se les promete que «ya nunca tendrán hambre ni sed, ni caerá sobre ellos el calor agobiante del sol. Porque el Cordero que está en medio del trono los apacentará y los conducirá a fuentes de aguas vivas y Dios enjugará las lágrimas de sus ojos» (7,16-17).

Como todo lo que se relata aquí tiene su incidencia en el mundo, el autor prepara al creyente con este septenario para que descubra que el conflicto entre los valores evangélicos y los intereses del «mundo», entendiéndolo aquí «mundo» en el

sentido negativo que suele tener en el cuarto evangelio, es un conflicto permanente que exige, por tanto, no sólo vigilancia, sino también una opción permanente. Con esta exhortación al discernimiento Juan deja resonar un motivo que es fundamental también en el cuarto evangelio.

En este septenario Juan desplaza excepcionalmente la apertura del séptimo sello, cuyo contenido no es aún revelado, hasta después de la liturgia final de este septenario. Debemos notar, primero, que los séptimos momentos de los tres septenarios centrales se refieren al futuro inmediato que espera la comunidad, es decir, a la caída del Imperio romano, anticipación de la derrota definitiva del mal que se narra en el quinto septenario. Además, con este desplazamiento el autor ayuda al lector a descubrir la dinámica del relato y de la revelación: al igual de lo que ocurrirá con la séptima trompeta, aunque allí ya no hará falta desplazarla hasta después de la liturgia, el séptimo sello desemboca en el septenario siguiente, que es como una ulterior explicitación del septenario de los sellos, al menos en cuanto al contenido, pues no se trata de acontecimientos sucesivos en el tiempo.

La liturgia final de este septenario (7,9-17) forma inclusión con la visión del comienzo (5,1-14) y explicita, en clave cristocéntrica, la liturgia teocéntrica que resonaba al final del primer septenario (4,1-11). Todo ello de acuerdo con el papel único y salvador que se atribuye aquí a Cristo y que quedará explicitado en el septenario de las trompetas (5,10.14-17, relacionándolo con el papel que se atribuirá a Cristo en el septenario siguiente). A la vez, se anticipa el triunfo final de Dios y del Cordero en el último septenario, el de las visiones (19,11-22,5).

#### *4. Septenario de las trompetas (8,2-14,5)*

Es el septenario central del Apocalipsis. Por ello es el más desarrollado, pues constituye el corazón de la revelación que Juan quiere comunicar a sus comunidades. Con el símbolo de las trompetas, Juan llama a la movilización de los cristianos en un momento decisivo de la historia (cf. Jr 4,5; 1 Cor 14,8). Las siete trompetas anuncian las desgracias que aguardan al mundo si se cierra a la llamada de Dios a la conversión. En este sentido, las plagas anunciadas en las seis primeras trompetas indican, como hemos visto ya a propósito del septenario

de los sellos, que los males del mundo no son fruto de la arbitrariedad o malevolencia de un Dios terrible, sino una llamada a la conversión. Por esto, aquí se acrecientan las consecuencias negativas de las plagas con respecto al septenario anterior –en 8,7-12 no es destruida una cuarta parte de la tierra, como en 6,8, sino una tercera parte–, pero sin llegar a la totalidad que alcanzarán en el septenario siguiente, el de las copas, que representa la última llamada de Dios a la conversión.

La estructura del septenario es semejante a la del anterior: las cuatro primeras trompetas se refieren a las plagas que afectarán a la naturaleza, mientras que la quinta y la sexta atormentarán a los hombres; la séptima, como prepara y desemboca en el septenario siguiente, tampoco es descrita, sino sólo anunciada (11,15a).

Las alusiones al AT muestran que todo este septenario está inmerso en una atmósfera pascual. Ello viene confirmado también por el hecho de que, antes de que suene la séptima trompeta, Juan interrumpe el relato para desarrollar un amplio interludio (10,1-11,14). Se trata del primero de este septenario; el segundo, que encontramos en 12-13, lo pondrá una vez la séptima trompeta haya sonado, con lo cual ahora los dos interludios la enmarcan. De esta manera, a la vez que se retarda el sonido de la séptima trompeta –dando lugar así a la conversión y explicando, quizás también de paso, el retraso de la parusía<sup>8</sup>–, Juan indica al creyente cuál es su vocación cristiana, si tiene presente el significado fundamental de la resurrección de Jesús. Pues si en 11,14 se dice que es ahora cuando el «segundo ay» ha pasado –y no cuando se narraron los males de la sexta trompeta–, ello es señal de que lo que se dice en 10,1-11,14 no se refiere tanto al futuro, que es descrito en los

<sup>8</sup> Cf. Müller, *op.cit.* 200. Como nota Prigent, *op.cit.* 149, Ap 10,1-11,14 se ha de ver como una unidad literaria que tiene como meta retardar el sonido de la séptima trompeta. Aunque lo llame intermedio o paréntesis, como de modo semejante lo denomina Müller, *op.cit.* 198, subraya, con razón, que no contiene un mensaje marginal, sino que este fragmento responde a una preocupación primordial del autor. Algunos exegetas (cf. Brüttsch, *op.cit.* 169) señalan que estos interludios tienen un tono de consolación en medio de los septenarios de las plagas. Prigent, *op.cit.* 117, lo denomina un «paréntesis», al igual de lo que ocurre en Ap 7. Por su parte Schüssler Fiorenza afirma que estos «interludios» expresan la relación entre la realidad presente y el futuro escatológico; cf. *Composition* 360.

séptimos momentos de los septenarios, cuanto al presente que vive la comunidad. De hecho en Ap 10, con la aparición del ángel majestuoso que lleva en su mano el librito que Juan es invitado a comer (en una alusión clara a la vocación profética de Ezequiel, cf. Ez 3,3.14), Juan quiere hacer referencia a su vocación profética. Por eso el ángel le indica que, una vez haya comido el librito, éste le resultará dulce y amargo a la vez. Es dulce, porque su predicación contendrá una Buena Noticia eterna (14,6), consistente en el triunfo de Dios, que en este septenario queda concretado en el anuncio pascual de la victoria de Jesús sobre Satanás, la cual será narrada simbólicamente en el segundo interludio (c. 12). Pero es amargo también, pues Juan ha de anunciar el castigo a los que se cierran al mensaje de Dios, lo cual le comportará persecución y, quizás, el martirio<sup>9</sup>.

La descripción de la vocación profética de Juan prepara el capítulo 11, en el cual se simboliza la situación que está viviendo la comunidad. En él se destacan dos aspectos complementarios que acompañan siempre la vida de las Iglesias. En primer lugar, Juan recuerda que, aunque los sufrimientos de la comunidad puedan llevar a pensar lo contrario, de hecho las Iglesias están siempre protegidas por Dios. Esto es lo que expresa la orden, inspirada en Ez 40,1-5 y Zac 2,5-9, de medir el Santuario y el altar y a los que adoran en él (Ap 11,1). En segundo lugar, se nos dice que dicha protección no excluye el que las Iglesias puedan ser perseguidas y martirizadas por el Imperio. Pero ello ocurrirá sólo durante un tiempo limitado (¡tres años y medio!), como se expresa con la orden de que no mida el patio exterior del Santuario, «porque ha sido entregado a los gentiles que pisotearán la Ciudad Santa cuarenta y dos meses» (11,2).

A continuación, en 11,3-13, Juan desarrolla la vocación profética que han recibido todos los cristianos (cf. Hch 2,14-21). Ya Mc había indicado, en un texto también apocalíptico, que, antes del final escatológico de la historia, el Evangelio debía ser predicado a todas las naciones (cf. Mc 13,10), dan-

<sup>9</sup> Sobre el significado del librito y de Ap 10, cf. Prigent, *op.cit.* 150-156; Brütsch, *op.cit.* 168-176; González Ruiz, siguiendo a Robert / Feuillet, cree que el libro se refiere al NT, pero que es mejor traducirlo por «codicilo», ya que se refiere a lo que el autor va a decir en los capítulos siguientes; cf. *op.cit.* 138.

do con ello una tarea a su iglesia, incluso después de la caída de Jerusalén, a la que se alude en Mc 13,14ss, aunque ello le comportara persecuciones (cf. Mc 13,9-13). En el mismo sentido, Juan quiere subrayar a su comunidad que debe dar testimonio profético en el mundo antes de que suene la séptima trompeta. Por ello se subraya que son profetas (11,3.6.10). No es obstáculo para esta interpretación el que sean descritos con unos rasgos que aluden a los dos grandes profetas del AT, Elías y Moisés, cuyo retorno se esperaba para el fin de los tiempos (cf. Dt 18,18; Mal 3,23); así lo indica el que se diga de ellos, por un lado, que «tienen poder de cerrar el cielo para que no caiga la lluvia» (2 Re 1,17) y, por otro, que tienen poder para desencadenar las plagas (cf. Éx 7,17; 11,10) sobre el mundo que no se convierte y les persigue (11,6). En efecto, si se leen estos textos en el contexto en el cual los ha colocado Juan, se ve que lo que se quiere indicar con ello es que el testimonio profético cristiano es el cumplimiento de lo anunciado en el AT, una idea muy familiar en el Ap<sup>10</sup>. A la vez se anuncia a los creyentes, como ya lo había hecho Jesús con sus discípulos según Jn 16,1-4, que compartirán el destino de Jesús, su muerte y resurrección, pues provocarán la oposición del mundo, que llegará incluso a asesinarlos y se alegrará con su muerte (cf. 13,7-10). Pero se les revela también que Dios no les dejará de su mano, ni siquiera en esta vida (11,5), y que, pasado un tiempo breve, aparecerán incluso ante sus enemigos como compartiendo la glorificación de Jesús (11,11-13). En este marco, Juan quiere también afirmar que, con su testimonio, los profetas cristianos acelerarán la venida del Reino de Dios. Por eso es tan importante para él que los cristianos cumplan con esta su misión de profetas.

Por otro lado, la noticia de que algunos se convertirán (cf. 11,13) es un mensaje de consolación para los que viven en medio del «segundo ay», es decir, en medio de las pruebas escatológicas que está experimentando la comunidad (9,13-11,14) y que preparan el toque de la séptima trompeta. Ésta anuncia el castigo definitivo de Dios contra el Imperio romano y el acercamiento de los últimos tiempos. Con ello se confirma lo que hemos propuesto antes como tesis: que la sexta trompeta (9,13-21) y la reflexión que retarda el toque de la séptima trompeta

<sup>10</sup> Así Prigent, *L'Apocalypse*, 166; cf. 164s.

se refieren al tiempo de la Iglesia que está viviendo el autor (notar que 10,1-11,14 está situado antes de 11,15a) <sup>11</sup>.

Pero, cuando suena la séptima trompeta en 11,15a, Juan, como había ocurrido ya en el segundo septenario, no describe los resultados de dicho toque. De esta manera nos invita, una vez más, a leer el siguiente septenario, el de las copas, como explicación, esta vez definitiva, de lo que se ha anunciado en este septenario. En efecto, la séptima trompeta deja resonar un cántico en el cielo (11,15b-19), que anticipa el triunfo final de Dios, que va a hacer justicia restableciendo su reinado ya aquí en la tierra. No es casual que, precisamente en este lugar, Juan recuerde el motivo que subyace a toda la reflexión teológica de Ap: la fidelidad de Dios a la Alianza que estableció con su pueblo (cf. 11,19, donde se revela que en el Santuario aparece el Arca de la Alianza).

En este lugar, el autor, antes de presentar la liturgia final celestial, con la cual suele concluir sus septenarios, abre una vez más un nuevo paréntesis, que forma inclusión con el primer interludio que hemos visto en 10,1-11,14. De este modo pone al descubierto cuáles son las fuerzas últimas que configuran la historia y cómo éstas, incluso después de la resurrección de Jesús, siguen incidiendo hoy en el mundo (12-13).

En este interludio (c. 12) Juan desvela el trasfondo de la lucha a muerte que enfrenta a los cristianos con el Imperio. Lo primero que nos presenta es «una mujer» vestida de sol, con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas (12,1). Esta mujer simboliza al Pueblo de Dios, mientras que las doce estrellas representan a las doce tribus de Israel, que va a ser reconstituido con la venida y triunfo del Mesías (cf. Gn 37,9-11). Frente a la mujer, que está a punto de dar a luz (12,2), Juan sitúa a la serpiente roja, la cual, por su color, sus cabezas (¡siete!), sus cuernos (¡diez!) y sus diademas representa el poder demoníaco (en 12,9 se la identifica explícitamente con Satanás), que quiere acabar con la Mujer y su descendencia, como lo intentó ya al comienzo de la creación (cf. Gn 2-3).

Pero cuando «la Mujer dio a luz un Hijo varón, el que ha

<sup>11</sup> Según Bogaert, *op.cit.* 136, «hay buenas razones para creer que el sexto tiempo se refiere a acontecimientos de los cuales el autor es o quiere ser contemporáneo. Y es posible mostrar que la sexta trompeta, el sexto sello y la sexta copa recuerdan la Guerra Judía».

de regir a todas las naciones con cetro de hierro» –por la descripción se ve claro que se trata del Mesías– «su Hijo fue arrebatado hasta Dios y hasta su trono» (12,5), con lo cual el diablo, que ha intentado devorarlo (véase 12,4b), no sólo no consigue acabar con él, sino que va a sufrir las consecuencias, en buena ironía joánica, de esta elevación del Hijo a Dios. Con ello se ve claro que el autor, más que referirse al nacimiento del Mesías, está hablando principalmente, con unas imágenes que nos resultan familiares por el cuarto evangelio, de la exaltación del Hijo <sup>12</sup>. En este contexto «la mujer simboliza al pueblo de Dios, a la Iglesia, que da nacimiento al Mesías en el drama del Calvario. Satanás, derrotado, se arroja contra los demás hijos de la mujer, contra todos los cristianos, y les hará la guerra durante todo el tiempo de la historia» (Charpentier). Como ocurre en el cuarto evangelio, la cruz es vista como exaltación (cf. Jn 3,14; 8,28; 12,32s) y como trono en el cual Jesús reina (12,5) <sup>13</sup>.

El pasaje siguiente (12,7-12) saca las consecuencias de esta victoria pascual y nos presenta la dimensión última de esta derrota del demonio con la imagen clásica (mítica) de la lucha entre Miguel, que está al frente de sus ángeles, y la Serpiente, que está también al frente de sus ángeles (caídos). Esto significa que con la exaltación de Jesús ha empezado ya el reinado del Cordero degollado. Ello implica que Satanás ha sido vencido y ha perdido su poder, lo cual queda simbolizado con el hecho de que es expulsado del cielo, una imagen que encontramos también en Lc 9,18 y Jn 12,31-32. Pero esto no quiere decir que Satanás carezca ya de todo poder, pues no hemos llegado aún a la plenitud del Reino. Por eso Juan, para

<sup>12</sup> Como nota González Ruiz, *op.cit.* 149, el «fue arrebatado al cielo» subraya el martirio pascual de Jesús, que forma toda la trama del Ap. En el fondo, todo el Ap desarrolla el significado de la resurrección-exaltación de Jesús y lo que ella significa como comienzo de los tiempos nuevos que ahora vive la Iglesia, que, si bien es perseguida, sabe que su liberación definitiva se acerca. Cf. también, en este sentido, Prigent, 191-193; Charpentier, 27; Comblin, 259; Rissi, 126.

<sup>13</sup> Cf. X. Alegre, *Mi Reino no es de este mundo*, 507-509 y la bibliografía allí indicada. El aspecto de la derrota fundamental de Satanás, como consecuencia de la exaltación de Jesús, la explica el Apocalipsis a continuación en 12,7-12. Ello no quita que detrás de la lucha entre Miguel y Satán pueda estar el mito judío de la caída de los ángeles del cielo (cf. Gn 6,1-4; 1 Henoc 6,19; Jubileos 5; Vida de Adán y Eva 12-17).



prevenir al lector de las amenazas que para el cristiano comportan los «poderes del mal», muy activos en la tierra, añade una advertencia en 12,12b: «¡Ay de la tierra y del mar! porque el Diablo ha bajado a vosotros rebotando furor, sabiendo que le queda poco tiempo». Con todo, también aquí hay una nota positiva. Pues, en medio de esta lucha, el pueblo cristiano sigue siendo protegido por Dios, como lo fue el pueblo de Israel en el desierto (comparar 12,13-16 con Éx 19,4 y 14,27ss). Pero ello no quita que ahora el demonio persiga encarnizadamente «a los que guardan los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús» (12,17).

De este modo Juan nos ha descifrado lo fundamental de las realidades más hondas que configuran nuestra historia. Pero quiere clarificar aún más lo que acaba de decir, desenmascarando las fuerzas demoníacas que, basándose en la mentira, quieren engañar a los cristianos. Por eso, en una segunda parte de este largo interludio, preparado por 12,18, pone al descubierto las potencias aliadas de Satanás aquí en la tierra y explica de qué recursos se valen para oprimir a la Iglesia. Están representadas por dos Bestias. Por un lado, la Bestia del mar (13,1-10), que simboliza la Roma todopoderosa políticamente. Es como la encarnación de todos los imperios totalitarios, como puede ver el lector iniciado en el AT por el hecho de que en 13,2 se le aplique la descripción de los imperios enemigos del pueblo de Israel que aparecen en Dn 7,4-6. Se trata del Imperio que, en su orgullo, se idolatra a sí mismo y martiriza a los cristianos que no quieren adorarlo (13,4-7)<sup>14</sup>. Por otro lado, desenmascara a la Bestia de la tierra (13,11-17), que, más adelante (cf. 19,20 y 20,10), es denominada «el falso Profeta». Es el símbolo de la propaganda religiosa (y de las ideologías) que están al servicio del Imperio (13,12-15) y son muy peligrosas, por cuanto utilizan su poder no sólo para engañar a los ingenuos, sino también para marginar, incluso económicamente, a todo el que no quiere adorar a la primera Bestia<sup>15</sup>. En este sentido, el Dragón y sus dos acólitos, que

<sup>14</sup> Cf. Müller 253-256 y su excurso sobre el culto al emperador romano, con la bibliografía indicada en las pp. 257-260; cf. también Brüttsch, 227-231.

<sup>15</sup> Así lo interpreta Prigent, 199 y 208-210, señalando que el texto insiste en su carácter religioso y de servicio a la primera Bestia. Schüssler Fionzena ha subrayado, con razón, que la concepción del autor del Apocalipsis no es nada «espiritualista»; cf. *Redemption as Liberation: Ap 1, 5f and 5, 9f*, CBQ

son criatura e imagen de él y forman una especie de trinidad satánica que intenta emular a la Trinidad divina, expresan el peligro que comporta para los cristianos un estado totalitario y despótico, como era el de Roma en tiempos del emperador Domiciano, al que se alude en 13,18, el cual quería convertirse en ídolo y obligar a los cristianos a renunciar a sus valores para aceptar, en su lugar, los del Imperio.

Y como la dureza de la persecución en la comunidad es notable y, por otro lado, parece que el poder del Imperio es inmovible –de hecho tardó algo más de tres siglos en caer–, por eso Juan no quiere terminar este septenario sin que resuene en la liturgia celestial (14,1-5) el cántico triunfal de «los que siguen al Cordero adondequiera que vaya, y han sido rescatados de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero» (14,4). Con todo ello el autor nos ha preparado para la lectura del cuarto septenario, en el cual nos mostrará, ahora ya de modo definitivo, lo que le aguarda al Imperio cruel que no quiere convertirse y martiriza a los cristianos.

##### 5. *Septenario de las copas (14,6-19,8)*

Con este septenario concluye el núcleo central de Ap. Explicita lo que el segundo había apuntado y el tercero había preparado. Por eso este septenario está construido de modo que haya un paralelismo estricto, en cuanto a las plagas, con el septenario anterior; pero a la vez de modo que aparezca claramente que el castigo no sólo aumenta, sino que ahora llega a convertirse en el castigo definitivo de la Bestia del mar, es decir, del Imperio romano, cuya caída será narrada y cantada, subrayando que ello se debe a que no ha querido convertirse. Ésta es la razón por la cual Juan sí narrará aquí, a diferencia de lo ocurrido en los septenarios de los sellos y de las trompetas, el contenido de la séptima copa, que consiste en la caída de Roma (16,17-21).

Juan escoge el símbolo de las copas. Detrás está la ima-

36 (1974) 220-232, ya que «concibe la salvación y la redención en términos políticos y en categorías socioeconómicas» (ibíd. 220); cf. también A. Yarbro Collins, *The political Perspective of the Revelation of John*, JBL 96 (1977) 241-256. De hecho, A. Strobel puede sacar la conclusión de que hoy no ofrece la menor duda que el Apocalipsis toma una postura crítica frente al estado; cf. *Apokalypse des Johannes*, TRE III (1978) 179.

gen de la «copa de la ira de Yahvé», clásica en el profetismo (cf. Is 51,17-22; Jr 13,13; 25,15-17; 48,26; Ez 23,32-34; Hab 2,15s; etc.). En cuanto «copas de la cólera de Dios», significan los castigos y la ruina definitiva que aguardan a los imperios totalitarios que, como el de Roma, no aceptan el señorío de Dios y quieren a su vez convertirse en dioses, sin escuchar las llamadas a la conversión que Dios les manda a través de las plagas.

Juan se preocupa aquí de identificar el Imperio contra el cual van dirigidas principalmente sus amenazas. En efecto, después de llamarlo «la gran prostituta, la que está sentada sobre aguas caudalosas, con la que adulteraron los reyes de la tierra emborrachándose con el vino de su liviandad» (17,1b-2), nos dice que se trata de «la ciudad de las siete colinas» (17,9), que se embriaga con la sangre de los santos y de los mártires de Jesús (17,6). Y concluye con un canto poético sobre la caída de Babilonia (Roma) que, por un lado, expresa la alegría inmensa por la caída del Imperio opresor, pero, por otro, refleja también la admiración que siente por su esplendor y lamenta su perdición <sup>16</sup>. Modelo de la lamentación de Ap 18 es la que se hace por Tiro en Ez 27-28. Aquí resuena la crítica profética al lujo y a la injusticia de los habitantes de la tierra (es decir, de los incrédulos), de los reyes y comerciantes, que son vistos como aliados del Imperio romano.

Pero, como para el profeta auténticamente cristiano, el Juicio no es nunca la palabra definitiva de Dios sobre la historia, todo el septenario viene enmarcado por un tono positivo que proyecta su luz, incluso cuando se va a hablar del castigo definitivo. Me refiero al comienzo de la visión inaugural del septenario y a la liturgia celestial con la cual concluye. La primera parte de la visión preparatoria (14,6-13) empieza anunciando una «buena noticia eterna» a todos los pueblos de la tierra (14,6), que no sólo incluye el juicio sobre Babilonia (14,7-11), sino también la promesa de que terminarán los sufrimientos de los santos que han guardado los mandamientos de

<sup>16</sup> Cf. Schüssler Fiorenza, *Redemption*, 230. La crítica social del autor de Ap es subrayada también por U. Vanni a propósito de Ap 6,5s, cuando, después de tratar el texto de Ap 18, concluye: «El consumismo instrumentaliza también la vida humana, expresando así el máximo de la injusticia social»; cf. *Il terzo sigillo dell'Apocalisse (Ap 6,5-6): simbolo dell'ingiustizia sociale?*, *Gregorianum* 59 (1978) 716, véase 691-718.

Dios y la fe de Jesús (14,12). Por eso, este primer fragmento introductorio concluye con una bienaventuranza que Juan pone en boca del Espíritu: «dichosos los muertos que mueren en el Señor. Desde ahora, sí, que descansen de sus fatigas, porque sus obras les acompañan» (14,13). El texto, enlazando con el cántico de Moisés y el cántico del Cordero (cf. más adelante 15,3-4), forma inclusión con la liturgia celestial que encontramos al final de este septenario, en 19,1-8. En él se canta el triunfo de Dios y el regocijo de la Iglesia, porque «han llegado las bodas del Cordero» (19,7). Con ello Juan nos prepara para el último septenario, que concluirá con este motivo (cf. 21,3-4), invitándonos así a seguir leyendo su obra, pues piensa que la historia no ha llegado a su término con la caída de Roma. Por otro lado, también la segunda parte de la introducción al septenario, (14,14-20), que prepara el discernimiento entre buenos y malos, simbolizados respectivamente por las imágenes de la cosecha y de la vendimia<sup>17</sup> –el contenido de la vendimia viene significado, precisamente, por las siete copas; cf. c. 16–, contiene a su vez una buena noticia para la Iglesia: que el Juicio será realizado por el Hijo del hombre (14,14), que sostiene en su mano derecha –la derecha es señal de que ello es algo bueno– todas las Iglesias (1,17-20).

#### 6. Visiones finales (19,9-22,5)

Este septenario forma inclusión, tanto por su estructura como por su contenido, con el primer septenario, mostrando cómo llegará a su plenitud la dinámica de la actuación de Dios en el mundo, que empezó a aparecer ya en el segundo septenario (6,1-2 forma también inclusión con 19,11-16) y que tuvo una primera culminación provisional en el cuarto con la destrucción de Roma. Mediante la inclusión con el primer septenario, el de las cartas, Juan subraya que la obra entera está hablando, ante todo, del presente de la Iglesia y no simplemente del fin del mundo. De esta manera quiere ayudar al lector a discernir cómo debe actuar el cristiano que forma parte de la Iglesia militante, si quiere llegar hasta la Iglesia triunfante. Por ello, si la visión inicial del primer septenario (1,9-

<sup>17</sup> Así Prigent, 234s. Charpentier, que sigue a Feuillet, comenta, sin dar razones que resulten convincentes: «mientras que el cuadro de la cosecha se aplica a todos los fieles cristianos, el de la vendimia sólo se aplica a los mártires».

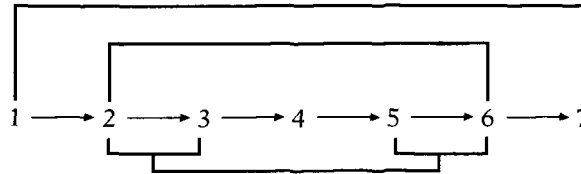
20) presentaba a un Cristo triunfante, que tenía en su mano derecha a las Iglesias, las cuales se encontraban inmersas en una persecución sangrienta y estaban amenazadas de tibieza y de desesperanza (Ap 2-3), ahora, en la visión final, aparece la Iglesia triunfante que ha llegado ya a su plenitud (21,1-22,5), una vez han sido vencidas definitivamente las fuerzas del mal, simbolizadas por el demonio y la muerte (20,7-10).

Por otro lado, se manifiesta claramente la relación con los septenarios centrales. Así, la visión de Cristo montado sobre un caballo blanco, que presenta a Jesús como juez y guerrero victorioso en 19,11-16, enlaza con la apertura del primer sello del segundo septenario que encontramos en 6,1-2, donde Cristo también aparece montado en un caballo blanco. De esta manera, el septenario es como la culminación histórica que el autor nos ha ido desvelando poco a poco a lo largo de su obra. Pero ahora ensancha definitivamente el horizonte, pues abarca desde la aparición del Mesías, que es el inicio del Reino de Dios aquí en la tierra, hasta el Juicio final (20,11-15) y la visión del nuevo mundo, la Jerusalén celestial, el Paraíso recreado (21,1-22,5), que aparecerá cuando se consumen las bodas del Cordero con el Pueblo de Dios y Dios sea el Dios-con-ellos (21,3). No es casual, por tanto, que en la visión central de este septenario (20,1-3) se haga alusión a la exaltación de Jesús, que comporta la derrota fundamental de Satanás, ya presentada en el corazón del tercer septenario (Ap 12) y aquí simbolizada con su encadenamiento durante mil años.

Aparte del papel fundamental de Cristo, que domina todo el Apocalipsis, dos son los motivos fundamentales que configuran este septenario. Por un lado, el encadenamiento de Satanás durante un tiempo muy largo (simbolizado con los mil años) que, como veremos más adelante, se refiere al tiempo actual de la Iglesia iniciado con la exaltación de Jesús. Si Satanás había seducido a Adán y Eva en el Paraíso, ahora Satanás está encadenado, de modo que, si el cristiano cede a sus seducciones o tentaciones, será inexcusable. Estamos, por tanto, en el tiempo en el cual el Evangelio puede ser vivido gracias al triunfo de Cristo, aunque ello no excluya un ataque final y definitivo del demonio al fin de los tiempos (comparar 20,3b con 20,7-10). Por otro lado, encontramos también aquí el motivo de la nueva creación, igualmente unido a los temas de la Jerusalén celestial y del Paraíso (21,1-22,5). Se trata de algo que nos aguarda al fin de los tiempos, cuando se mani-

fiestará plenamente el Señorío de Dios venciendo definitivamente a Satanás y a la muerte. A su vez, conviene subrayar que, si en la séptima visión se nos dice que esta Ciudad Santa, la nueva Jerusalén o Iglesia triunfante que el vidente aguarda para el fin de los tiempos, «baja del cielo» (21,2), con ello Juan quiere recordarnos que esta Iglesia pugna ya por hacerse presente en la Iglesia terrena en la cual vivimos.

Notemos también, para concluir la presentación de este septenario, que su estructura interna confirma la estructura concéntrica que creemos que el autor ha querido dar a su obra. Ya vimos que había una inclusión entre los temas teológicos del primer septenario y los de la séptima visión de este septenario. Pero a ello hay que añadir que la estructura de este septenario es también concéntrica, como en el primero, aunque la estructura no sea idéntica en sus detalles. Podemos esquematizarla así:



Esta estructura confirmaría, por tanto, el significado actual del Reino mesiánico de mil años, que está situado en la visión central, al igual que el triunfo perenne de Cristo y la instauración de su Reino mesiánico aparecían también en el centro de Ap, es decir, en el tercer septenario. Ello confirma que dicho reinado milenar no se refiere a un reinado de Cristo que tendrá lugar en la tierra en una época futura<sup>18</sup>.

<sup>18</sup> Así se distancia Juan de las expectativas judías de la apocalíptica contemporánea (cf. p. ej. 4 Esdras 7,28s; 2 Baruc 29,1ss), que esperaban una época paradisiaca aquí en la tierra: «También la tierra dará fruto, diez mil por uno. Cada cepa tendrá mil sarmientos, cada sarmiento dará mil racimos, cada racimo contará mil uvas y cada uva producirá un *kor* (30 litros) de vino. Y todos los que tengan hambre se alegrarán y serán cada día espectadores de prodigios. Los vientos emanarán de mi rostro para llenar cada día de perfume frutos aromáticos y suscitar a la caída de la tarde nubes que destilen un rocío saludable. En aquel tiempo, el maná guardado en reserva caerá de nuevo y comerán (de él) esos años, porque habrán llegado al fin de los tiempos» (2 Baruc 29,5-8); «entonces serán humildes todos los justos, vivi-

Por otro lado, las visiones segunda (19,17-18) y tercera (19,19-21) se corresponden también, tanto temática como literariamente, formando una unidad. Pues la expresión «...todas las aves que volaban por lo alto» (al comienzo de la segunda visión, cf. 19,17) se repite, aunque no textualmente, al final de la tercera visión: «y todas las aves se hartaron de sus carnes» (19,21). El banquete anunciado en la segunda visión, con una clara alusión a Ez 39,17<sup>19</sup>, es realizado en la tercera visión. En efecto, después de describirse la carne preparada para el banquete en 19,18, se concluye como en síntesis con las palabras «carne de pequeños y grandes», lo cual forma inclusión con el Juicio final de toda la humanidad (20,11-15), pues en 20,12 vuelve a emplear esta expresión: «Y vi a los muertos, grandes y pequeños» (la misma expresión *grandes y pequeños* aparece también en 11,18; 13,6; 19,5). Con ello Juan enmarca las cinco visiones centrales del septenario, presentándolas como un enjuiciamiento, un «discernimiento» del mundo entero, primero en la historia, después en la escatología.

La primera y la séptima visión serían, entonces, como el marco de todo el septenario. Así, la primera presenta al Mesías iniciando todo el proceso del juicio y de la victoria de Cristo (y de sus Iglesias), una victoria que culmina en la séptima con la instauración de un «orden nuevo», el nuevo Cielo y la nueva Tierra, la Jerusalén celestial, que serán como la recreación del Paraíso perdido.

### 7. Conclusión

La conclusión (22,6-21), construida en paralelismo estricto con la introducción (1,1-8), refuerza que lo dicho por Juan es digno de crédito (22,6a). En ella vuelve a resonar el tono pro-

rán hasta engendrar a mil hijos y cumplirán en paz todos los días de su mocedad y vejez. En esos días, toda la tierra será labrada con justicia; toda ella quedará cuajada de árboles y será llena de bendición. Plantarán en ella toda clase de árboles amenos y vides y la parra que se plante en ella dará fruto en abundancia. De cuanta semilla sea plantada en ella, una medida producirá mil, y cada medida de aceitunas producirá diez tinajas de aceite» (1 Henoc 10,17-19); cf. Brütsch, 323s.

<sup>19</sup> Cf. Ez 38,4ss.18.20; Ap 19,17-21 se inspira en la profecía de la derrota de Gog en Ez 38-39; notemos que la batalla contra los reyes había resonado ya en Ap 16,14ss y en 17,14. Sobre el significado de este texto, cf. Prirent, 297s.

fético del libro (22,6-7) y el anhelo que tiene Juan de la venida definitiva de Jesús, subrayando que está ya a las puertas (22,17.20). Por ello, en contra de lo que es habitual en el mundo de la apocalíptica, Juan recibe la orden de no sellar las palabras de su libro (22,10). Y se insiste en la importancia de la opción en favor de Dios y del Cordero o en favor de Satán y de la Bestia, a la que Ap ha estado invitando continuamente. Pues de ella depende la salvación o la condenación (22,7.11-12.14-15). Por otro lado, si la introducción (1,3-8) manifestaba el tono litúrgico y de carta propio del escrito, lo mismo podemos decir de la conclusión (22,16-21).

### III. CUESTIONES ABIERTAS: LA ESTRUCTURA DEL APOCALIPSIS

La diversidad de estructuras propuestas para Ap por los especialistas es tan notable que podemos considerar la cuestión como una cuestión abierta <sup>20</sup>. De hecho, A. Yarbro Collins sostiene que hay casi tantos bosquejos (*outlines*) del libro como intérpretes <sup>21</sup>. Y ya Victorino de Pettau señalaba, comentando el Apocalipsis, la ausencia de estructura: «No hay que buscar la organización del Apocalipsis, sino su comprensión» <sup>22</sup>.

Pero, por otro lado, ningún apocalipsis judío o judeocristiano de la época muestra una estructura tan sistematizada como la que encontramos en Ap. Por ello resulta fundamental pa-

<sup>20</sup> Cf. Brüttsch, 427-429; Müller, 30; Charlier, 423. Para informarse sobre los principales estudios aparecidos hasta 1980 acerca de la estructura de Ap, puede consultarse con provecho la tesis doctoral de U. Vanni, *La struttura letteraria dell'Apocalisse* (Roma 1971), reeditada y actualizada en Brescia en 1980; cf. también el complemento que da en *L'Apocalypse*, 20; y también Prigent, *L'Apocalypse*, 364.

<sup>21</sup> *The Combat Myth in the Book of Revelation* (Missoula 1976) 8; Y.H.B. Swete narra la anécdota del Arzobispo Benson, quien cuenta que un lector inteligente y devoto, respondiendo a la pregunta de cuál es la forma o estructura del Apocalipsis, decía: «es el Caos». Quizá por ello Prigent afirma: «Decir que cada cual presenta un plan estructural no es exagerar. No es que cada cual dé rienda suelta a la fantasía y a la imaginación, sino que resulta muy difícil ofrecer un ordenamiento que satisfaga profundamente, que satisfaga al menos nuestra exigencia de lógica», *El Apocalipsis*, 223.

<sup>22</sup> «Nec requirendus est ordo in apocalypsi, sed intellectus requirendus», cf. J. Hausleiter (ed.), *Victorini Episcopi Petavionensis opera*, CSEL 49 (Viena-Leipzig 1916) 86, citado por Lambrecht 77, nota 1.



ra una mejor comprensión de este libro procurar desentrañarla, tanto más cuanto que en una obra el todo está antes que las partes y es desde la visión global que Juan tenía de su obra desde donde hay que interpretar los fragmentos y eventuales tradiciones que él formula o recoge <sup>23</sup>. En todo caso, determinar la estructura de Ap no es tarea fácil, como lo muestran las distintas propuestas de la misma que encontramos entre los especialistas.

### 1. Criterios

El autor nos da dos tipos de indicios, literarios y de contenido, que nos ayudan a descubrir cuál es la estructura interna que configura toda la obra. Descubrirlos facilita el acceso al pensamiento más profundo del Ap <sup>24</sup>.

#### a) Indicios literarios

1) La introducción (1,1-8) y la conclusión (22,6-21) están formuladas de manera paralela y en ellas resuenan los mismos motivos, de modo que, en forma de inclusión literaria, pongan de manifiesto la unidad de toda la obra, a la vez que dejan entrever la posibilidad, frecuente en los escritos bíblicos de la época, de que la obra esté estructurada concéntricamente <sup>25</sup>. Esta posibilidad viene confirmada por el hecho de que tanto el primero como el quinto septenario están, a su vez, estructurados concéntricamente (véase más adelante).

2) Toda la obra, o al menos la mayor parte de ella, está estruc-

<sup>23</sup> Cf. E. Schüssler Fiorenza, *Composition and Structure of the Book of Revelation*, CBQ 39 (1977) 350; Íd., *The Book*, 164.

<sup>24</sup> Veremos los indicios desde el punto de vista propio de los métodos histórico-críticos y no utilizando el método específicamente estructuralista, que puede ser útil como complementario. Una propuesta de análisis estructural, siguiendo el método de Greimas, la realizan J. Calloud, J. Delorme y J.P. Duplantier, en su contribución *L'Apocalypse de Jean. Proposition pour une analyse structurale*, aparecido en Lambrecht, *op.cit.* 351-381, y en la revista *Sémiotique & Bible*. Sobre la relación entre la exégesis histórico-crítica y la estructural, a propósito de Ap, cf. P. Prigent, *L'Apocalypse: exégèse historique et analyse structural*, NTS 26 (1978) 127-137; cf. Vanni, *L'Apocalisse*, 28s. Este autor, en el prólogo a su obra *Struttura*, 1-3, subrayaba con razón la importancia de los análisis literarios y de la estructura para preparar la interpretación exegético-teológica de los textos, de modo que se pueda llegar a una síntesis bipolar entre ambas líneas.

<sup>25</sup> Las razones en contra que da Vanni no resultan convincentes; cf. *Struttura*, 265.302-304; *L'Apocalypse*, 26.

turada en forma de septenarios <sup>26</sup>. Algunos de ellos están indicados explícitamente, ya que se habla de siete sellos (5,2-8,1), siete trompetas (8,2-11,15a) y siete copas (15,5-16,21). También las cartas son siete, dirigidas a siete Iglesias (2-3). Por ello podemos sospechar, con fundamento, que también la última parte de Ap, la de las visiones, esté estructurada en forma de septenario, aunque no se diga explícitamente. Y de hecho es así, pues en 19,11-22,5 encontramos siete visiones, cada una de las cuales empieza con la fórmula «y vi» <sup>27</sup>. El que no enumere estas visiones, como, de hecho, lo hace en los tres septenarios centrales, no es objeción suficiente, pues en 2-3, que en una estructura concéntrica formaría inclusión con el fragmento final de las visiones, tenemos claramente un septenario de cartas (cf. 1,11.20) y, sin embargo, no son éstas enumeradas.

3) Los tres septenarios centrales –el de los sellos, el de las trompetas y el de las copas– están relacionados entre sí. Hay, incluso, un cierto paralelismo, tanto literario como de contenido. El paralelismo entre el de las trompetas y el de las copas es claro por las alusiones a las plagas de Egipto. El de los sellos prepara los otros dos. Pero no se trata de un paralelismo estricto, sino que hay también un progreso dentro de ellos <sup>28</sup>. Ello puede verse en dos ejemplos concretos. En primer lugar, Juan tiene interés en que descubramos que el castigo que anuncian los tres septenarios centrales es cada vez más fuerte. Pues, si en el segundo la destrucción afecta a una cuarta parte (6,8), en el tercero se destruye una tercera parte (8,7-12.15) y en el cuarto la destrucción ya es total (c. 16). En segundo lugar, tanto el séptimo sello como la séptima trompeta no son descritos, al contrario de lo que ocurre con el resto de los sellos y trompetas, sino que sólo se dice que se abre el séptimo sello (8,1) o que suena la séptima trompeta (11,15a). Con ello el autor excluye una lectura meramente cronológica de los septenarios, como si en ellos se hablara de aconteci-

<sup>26</sup> En este punto coinciden prácticamente todos los especialistas, pero divergen al determinar el número de ellos y en el modo como éstos configuran la estructura de la obra; cf. Boismard, 141s, con la bibliografía que él indica.

<sup>27</sup> Si tenemos en cuenta que las dos últimas visiones repiten la fórmula «y vi» en el segundo versículo de la visión, podemos observar que efectivamente hay siete visiones que empiezan, respectivamente, en 19,11; 19,17; 19,19; 20,1; 20,4; 20,11 (cf. 20,12) y 21,1 (cf. 21,2).

<sup>28</sup> Por eso no se acepta hoy la denominada «teoría de la recapitulación» propuesta ya por Victorino de Pettau († 304), el cual, partiendo de la observación acertada de que estos tres septenarios centrales no desarrollaban tres series de acontecimientos distintos, sacaba la conclusión, menos acertada, de que el autor hablaba de los mismos acontecimientos varias veces.

mientos cada vez distintos y que se suceden en el tiempo <sup>29</sup>; de este modo, el contenido del séptimo sello viene dado por el septenario de las trompetas, que sigue a continuación, y el de las trompetas por el de las copas, pues aquí sí se da el contenido de la séptima copa, que se refiere a la caída del Imperio romano (17-18). De este modo Juan consigue dar dinamismo al relato.

4) Es típico de Ap que el autor vaya intercalando, sobre todo en el septenario central, unos textos en forma de interludio (7,1-8; 10,1-11,14; 12-13; 17-18), los cuales, a la vez que retardan la llegada del último momento del septenario correspondiente, permiten también desarrollar aquellas ideas teológicas fundamentales que ayudan a descifrar el sentido último teológico de todo lo que está ocurriendo en el mundo <sup>30</sup>.

5) A lo largo de Ap se van repitiendo una serie de motivos teológicos que ayudan a ver la relación entre los distintos septenarios. Sobre todo la inclusión entre el primer septenario (las cartas) y el quinto (las visiones) resulta patente. Pues en ellos se habla, p. ej., del árbol de la vida que se encuentra en el Paraíso (2,9 y 22,2), de la segunda muerte (2,11 y 20,14; 21,8), del nombre nuevo que nadie conoce (2,17 y 19,12), del cetro de hierro con el cual Cristo gobernará a las naciones (2,26-27 y 19,15), del libro de la vida (3,15 y 20,12), de la nueva Jerusalén bajada del cielo (3,21 y 20,4), de sentarse con Cristo en el trono (3,21 y 20,4). En la misma línea, la boda entre el Cordero y la Esposa, mencionada al final del septenario de las copas (19,7-8), es desarrollada en la última visión del quinto septenario (21,2). Y en 9,12 y 11,14 (cf. también 18,10.16.19) se nos indica cómo van pasando los tres ¡ay! anunciados en 8,3.

6) Todas las cartas del primer septenario están construidas según un modelo que se va repitiendo y con una estructura concéntrica. Lo mismo vale para las visiones del quinto septenario.

<sup>29</sup> Así lo interpreta Prigent, 130.

<sup>30</sup> Son muchos los especialistas que han señalado de diversos modos este aspecto; así, Schüssler Fiorenza habla de *interludios*, que según ella son visiones o himnos escatológicos de protección y salvación, citando como ejemplo 7,1-17; 11,15-19; 12,10; 14,1-5; 15,2-4; 19,1-9; 20,4-6; según esta autora, con la interrupción de la narración por medio de los interludios, Juan pretende expresar la relación entre la realidad presente y el futuro escatológico. La misma autora habla también de la *técnica de intercalación*, cf. *The Book*, 171-173. Por su parte, Yarbro Collins habla de la *técnica de la trabazón* (*technique of interlocking*), cf. *Combat Myth*, 16; mientras que Lambrecht habla de *intercalaciones* o de que un fragmento abarca todos los que siguen (*encompassing technique*), cf. *op. cit.* 85-88.

7) Charlier <sup>31</sup> ha hecho notar que cada uno de los cinco septenarios que configuran Ap está estructurado en tres partes: una visión preparatoria que sirve de introducción al septenario; un núcleo central que contiene el septenario en cuestión; y una liturgia en el cielo con la cual concluye cada septenario, a excepción del último, que acaba sin liturgia explícita, ya que en la Jerusalén celestial no hay ni templo ni altar, pues «su templo es el Señor Dios, soberano de todo, y el Cordero» (21,22).

*b) Indicios que aporta el contenido del Apocalipsis*

Es claro por su contenido y, a veces, por su enumeración, que los septenarios de las cartas, los sellos, las trompetas y las copas forman una unidad y constituyen cada uno de ellos uno de los fragmentos que estructuran el libro. También las siete visiones que encontramos a partir de 19,11 parece que forman una unidad y un septenario, sin que tengamos motivos suficientes para separar en tres visiones la última de ellas (20,1-22,5), ya que con motivos distintos –el cielo y la tierra nuevos, la Jerusalén celestial, la Esposa del Cordero y el Paraíso– se intenta describir la realidad plenamente salvada que aparecerá al final de la historia.

Por otro lado, tampoco hay motivo para separar las cartas del resto de Ap. En primer lugar, porque la introducción (1,1-8) y el epílogo (22,6-21) forman una inclusión que enmarca toda la obra, como puede verse por los temas que resuenan en ellos. En segundo lugar, porque también forman inclusión el primero y el quinto septenario, como vimos antes. En tercer lugar, en la introducción a las cartas (1,19; cf. también 4,1), el vidente recibe la orden: «Escribe, pues, lo que has visto, lo que está sucediendo y lo que va a suceder después de todo esto». *Lo que va a suceder después de esto* se refiere, evidentemente, a las visiones que aparecen después del septenario de las cartas. Por último, la descripción en el primer septenario de la Iglesia militante de su tiempo y la exhortación que Juan le dirige con la intención de que sea digna de la vocación que ha recibido de ser fiel al Cordero degollado, hasta el martirio si es preciso, apunta claramente hacia la realidad de la Iglesia triunfante que aparece en el último septenario de Ap. Con ello el autor invita al lector a leer la parte central de su obra como un ejercicio de discernimiento cristiano que le ayude a descubrir cómo, de acuerdo con el plan providente y misericordioso de Dios, se pasa de la Iglesia militante a la Iglesia triunfante. Todo ello en medio de un mundo que parece dominado por las fuerzas del mal, que han desencadenado una guerra a muerte contra los seguidores del Cordero degollado (12,12b).

<sup>31</sup> *Op.cit.* 425ss.

## 2. Estructura propuesta: unitaria y concéntrica

A la luz de cuanto acabamos de explicar, se puede proponer la siguiente estructura del libro del Apocalipsis, siguiendo fundamentalmente a J.P. Charlier <sup>32</sup>:

### Estructura del Apocalipsis

- (A) *Prólogo y saludo epistolar (1,1-3.4-8)*
- (B) *Primer septenario: las siete cartas (1,9-4,11)*
  - Visión preparatoria (1,9-20)
  - Las siete cartas (2,1-3,22)
    - Carta a Éfeso (2,1-7)
    - Carta a Esmirna (2,8-11)
    - Carta a Pérgamo (2,12-17)
    - Carta a Tiatira (2,18-29)
    - Carta a Sardes (3,1-6)
    - Carta a Filadelfia (3,7-13)
    - Carta a Laodicea (3,14-22)
  - Liturgia final en el cielo (4,1-11)
- (C) *Segundo septenario: los siete sellos (5,1-8,1)*
  - Visión preparatoria (5,1-14)
  - Los siete sellos (6,1-7,8; cf. 8,1)
    - Los cuatro primeros sellos: cuatro jinetes y plagas (6,1-8)
    - Quinto sello: los mártires piden venganza (6,9-11)
    - Sexto sello: señales apocalípticas de la ira de Dios (6,12-17)
    - Interludio: los elegidos sellados (7,1-8)
  - Liturgia final en el cielo (7,9-17)
  - Apertura del séptimo sello (8,1)
- (D) *Tercer septenario: las siete trompetas (8,2-14,5)*
  - Visión preparatoria (8,2-5)
  - Las siete trompetas (8,6-13,18)
  - Introducción (8,6)
    - Las cuatro primeras trompetas: sobre la naturaleza (8,7-12)
    - Anuncio de los tres ¡ay!* (8,13)

<sup>32</sup> Cf. X. Alegre, *El Apocalipsis, memoria subversiva y fuente de esperanza para los pueblos crucificados (II)*, *Revista Latinoamericana de Teología* 9 (1992) 293-300.

- La quinta trompeta: sobre los incrédulos (9,1-11)
  - El primer ¡ay! ha pasado* (9,12)
- La sexta trompeta: sobre el río Éufrates (9,13-21)
  - Primer gran interludio (10,1-11,13)
    - Vocación profética de Juan (10,1-11)
    - Misión profética de los cristianos (11,1-13)
    - El segundo ¡ay! ha pasado* (11,14)
  - Anuncio de la séptima trompeta (11,15a)
    - Cántico en el cielo (Arca de la Alianza: 11,15b-18)
  - Segundo gran interludio (12,1-13,18)
    - Lucha entre el pueblo de Dios y el Dragón (12)
    - Aliados del Dragón: las dos Bestias (13)
- Liturgia final en el cielo (14,1-5)
- (C') *Cuarto septenario: las siete copas* (14,6-19,20)
  - Visión preparatoria (14,6-20)
  - Las siete copas (15,1-18,24)
    - Las cuatro primeras copas: sobre la naturaleza (16,1-9)
    - Quinta copa: sobre el trono de la Bestia (16,10-11)
    - Sexta copa: sobre el río Éufrates (16,12-16)
    - Séptima copa: caída de la Gran Babilonia (16,17-21)
      - Interludio: Identificación de Babilonia/Roma (17)
      - Canto por la caída de Babilonia (18)
  - Liturgia final en el cielo (19,1-8)
- (B') *Quinto septenario: las siete visiones* (19,9-22,5)
  - Introducción (19,9-10)
  - Las siete visiones (19,11-22,5)
    - Aparición del Mesías, Juez y Victorioso (19,11-16)
    - Anuncio de la victoria (19,17-18)
    - Primer combate escatológico: derrota de los aliados (19,19-21)
    - Derrota y encadenamiento de Satanás (20,1-3)
    - Reinado de mil años y 2º combate escatológico (20,4-10)
    - Juicio final (20,11-15)
    - El mundo nuevo/la nueva Jerusalén (21,1-22,5)
      - El cielo y tierra nuevos/la nueva Jerusalén (21,1-8)
      - La novia del Cordero/ la Jerusalén celeste (21,9-27)
      - El Paraíso (22,1-5) <sup>33</sup>
- (A') *Epílogo y salutación epistolar* (22,6-20,21)

<sup>33</sup> Este septenario concluye sin liturgia final, pues en la Jerusalén celestial no hay Templo ni altar, «pues el Señor Dios Todopoderoso y el Cordero son su santuario» (21,22).

3. *Otras estructuras*a) *Estructura doble*

Es una estructura muy difundida. En las Jornadas Bíblicas de Lovaina de 1979 decía Lambrecht que con respecto a la estructura todo el mundo parecía estar de acuerdo en individuar el prólogo y el epílogo, así como en la división entre las cartas (1,9-3,22) y el resto de la obra (4,1-22,5). Las dificultades empezarían a la hora de estructurar esta segunda parte <sup>34</sup>. Aunque ya hemos visto que hay una serie de razones y de autores que cuestionan esta división entre las cartas y el resto de las visiones de Juan, veamos las propuestas fundamentales sobre la posible estructura de 4,1-22,5.

La primera es la del conocido especialista en el tema, U. Vanni, quien en la segunda edición de su obra sobre la estructura de Ap sigue manteniendo su propuesta de estructurar esta parte en cinco secciones <sup>35</sup>: 1) Sección introductoria (4,1-5,14). 2) De los sellos (7,1-7,17). 3) De las trompetas (8,1-11,14). 4) De los tres signos (11,15-16,16). 5) Conclusiva (16,17-22,5). Vanni señala que el primer septenario incluye, como séptimo elemento, el septenario siguiente y que esto se repite al final de cada septenario hasta desembocar en la conclusión final, formando así el todo como un único gran septenario. Por otro lado, indica también que las secciones se van desarrollando *in crescendo* y que el desarrollo lineal no es unívoco. Hay elementos que apuntan tanto hacia adelante como hacia atrás. Por ello Juan muestra, gracias a su estructura, que no presenta una sucesión cronológica rígida de los acontecimientos, sino que éstos asumen un carácter metahistórico.

Por su parte, Lambrecht <sup>36</sup> propone una estructura que, teniendo en cuenta las aportaciones de Vanni, ayudaría a superar el dilema que plantea el hecho de que, por un lado, las recapitulaciones del texto contienen un cierto progreso y, por otro, el desarrollo lineal presenta ciertas involuciones. La podemos visualizar con ayuda de letras mayúsculas, para caer en la cuenta de cómo cada fragmento contiene ya todo lo que sigue: A) Visión introductoria del libro (4-5). B) Seis primeros sellos (6-7). C) Séptimo sello y trompetas (8,1-22,5). A) Introducción (8,1-6). B) Seis primeras trompetas (8,7-11,14).

<sup>34</sup> *Op.cit.* 77.

<sup>35</sup> Cf. *Struttura*, 182-205.249-254 y 310s. En las pp. 287-297 Vanni recoge las críticas que se han hecho a la 1ª edición de su obra (hasta el año 1977). Las aportaciones de Vanni son válidas, pero su estructura no tiene en cuenta todas las observaciones de tipo literario que hemos señalado antes, y que permiten descubrir en qué sentido el Apocalipsis tiene una estructura concéntrica unitaria que incorpora también los capítulos 1-3.

<sup>36</sup> *Op.cit.* 77-104.

C) Séptima trompeta y copas (11,15-22,5). A) Introducción (11,15-16,1). B) Seis primeras copas (16,2-16). C) Séptima copa y plenitud (16,17-22,5) <sup>37</sup>.

b) Estructura concéntrica

La representa bien Schüssler Fiorenza <sup>38</sup>, que se basa en lo que ella considera las tres «técnicas» decisivas que emplea Juan: los septenarios, las visiones de los dos libros junto con la visión inaugural y el método de la «intercalación». La estructura que propone, entonces, es la siguiente: Al margen del prólogo (1,1-8) y del epílogo (22,10,21), Ap constaría de cuatro partes fundamentales: 1) La visión inaugural y el septenario de las cartas (1,9-3,22). 2) El libro sellado con siete sellos (4,1-9,21; 11,15-19; 15,1.5-16,21; 17,1-19,10). 3) El librito profético (10,1-15,4). 4) Las visiones del juicio y de la salvación (19,11-22,9). Según esta autora, todo ello estaría configurado de acuerdo con una estructura concéntrica que ella formula así: A (1,1-8); B (1,9-3,22); C (4,1-9,21; 11,15-19); D (10,1-15,4); C' (15,1.5-19,10); B' (19,11-22,9); A' (22,10-21). Pero el hecho de que tenga que variar el orden actual de algunos textos ya es una objeción de principio a la estructura, aparte de que la autora no tiene suficientemente en cuenta todo lo que hemos dicho antes a propósito de los indicios literarios que Juan mismo nos da en su texto.

c) Estructura septenaria

El que más la ha desarrollado es R. Loenertz <sup>39</sup>, si bien no es el iniciador de esta estructura <sup>40</sup>. Este autor propone siete septenarios, cada uno de ellos precedido de su sección preparatoria: de las cartas (1,9-3,22); de los sellos (4,1-7,17); de las trompetas (8,1-11,14); de los signos en el cielo (11,15-14,20); de las copas (15,1-16,16); de las voces del cielo (16,17-19,5); de las visiones del fin (19,6-22,5).

También para A. Yarbro Collins, que se suma a los partidarios

<sup>37</sup> Véase la crítica que le hace Vanni, *Struttura*, 279s.

<sup>38</sup> Cf. *Composition*, 344-366.

<sup>39</sup> *Plan et division de l'Apocalypse, Angelicum* 18 (1941) 336-356; cf. *Íd., The Apocalypse of St. John* (Londres 1947). La propuesta no tiene en cuenta todos los datos literarios y de contenido que ya hemos indicado. Puede verse la exposición de la propuesta de Loenertz y la crítica de la misma que le hace Vanni en *Struttura* 51-54.

<sup>40</sup> Cf. ya J. Levie, *L'apocalypse de saint Jean devant la critique moderne*, NRT 51 (1924) 513-525; 596-618, y E. Lohmeyer, *Die Offenbarung des Johannes* (Tubinga 1926, reeditado por Bornkamm en 1953). Este último habla de proemio (1,1-3), prólogo (1,4-8), parte exhortativa (1,9-3,22), parte apocalíptica (4,1-21,4: en ella hay siete grupos de siete visiones), parte de las promesas (21,5-22,7), epílogo (22,8-19) y final (22,20-21); cf. *op.cit.* 1-2.185-189.



de la «teoría de la recapitulación» en su comprensión de Ap <sup>41</sup>, la clave fundamental para estructurar el libro se encontraría en sus septenarios <sup>42</sup>. Por ello la estructura que propone es la siguiente: I. Prólogo (1,1-3). II. Marco epistolar (1,4-22,21): A. Prescripto (1,4-6). B. Sentencias proféticas (1,7-8). C. Relato de la experiencia revelatoria (1,9-22,5): (i) Primer ciclo de visiones (1,10b-11,19): 1) Epifanía de Cristo a Juan y *siete* cartas (1,10b-3,22). 2) El pergamino con *siete* sellos (4,1-8,5). 3) Las *siete* trompetas (8,2-11,19). (ii) Segundo ciclo de visiones (12,1-22,5): 1) *Siete* visiones simbólicas revelando los secretos del pasado, presente y futuro (12,1-14,20 y 15,2-4). 2) Las *siete* copas (15,1 y 15,5-19,10). 3) *Siete* visiones de los acontecimientos finales (19,11-22,5). D. Sentencias aisladas (22,6-20). E. Bendición epistolar final (22,21).

*d) Estructura doctrinal*

Queda bien reflejada por la propuesta que hace A. Feuillet <sup>43</sup>, quien, después de señalar que una estructura formal y literaria no puede lograr resultados satisfactorios si no va acompañada de un examen del contenido doctrinal de la obra, sostiene que lo que interesa conocer es la estructura ideológica o doctrinal del libro <sup>44</sup>. Según él, todas las partes de Ap están orientadas hacia la plenitud escatológica de la nueva Jerusalén. Cada sección encaja en la inmediatamente anterior: 21,9-22,6 en 12,1-21,8 y ésta en 4-11. Ap 4-21 contiene como dos apocalipsis, uno más vago y otro más preciso, que tienen como meta la relación de la Iglesia con el Imperio pagano perseguidor. Siguiendo el modelo de los oráculos contra Israel y contra los paganos, 4-11 se referiría a las relaciones con Israel y 12-21 con los paganos.

Por otro lado, Charpentier <sup>45</sup> propone también una estructura semejante: Introducción (1,1-3). I. Una Iglesia muy humana (1,4-3,22).

<sup>41</sup> Iniciada por Victorino de Pettau, el autor moderno que la utiliza es F. Hahn, *Zum Aufbau der Johannesoffenbarung*, en la obra colectiva *Kirche und Bibel. Festgabe für Bischof E. Schick* (Paderborn 1972) 145-154.

<sup>42</sup> Una primera propuesta la publicó en *The Combat Myth in the Book of Revelation* (Missoula 1977) 5-42, y la ha mantenido básicamente en *The Apocalypse (Revelation)*, publicado en *The New Jerome Biblical Commentary* (Londres <sup>2</sup>1991) 999s. Pero tampoco ella tiene en cuenta todos los datos literarios que los diversos autores han descubierto en Ap. Una breve exposición de su teoría, con observaciones críticas, en Vanni, *Struttura*, 266-271.

<sup>43</sup> Cf. *Jalons pour une meilleure intelligence de l'Apocalypse, Esprit et Vie* 85 (1975) 435-438. Aparte lo dicho antes, cf. la crítica que Vanni hace a esta postura en *Struttura*, 281-283.

<sup>44</sup> *Ibid.* 436.

<sup>45</sup> *Op.cit.* 16s.

II. Una Iglesia frente a los problemas de su tiempo (4-20): esta parte se subdivide en dos: A. De Israel a las naciones (4-11). B. Frente a las potencias totalitarias (12-20). III. Una Iglesia «bajada del cielo» (21-22).

#### 4. *El Apocalipsis, ¿obra apocalíptica o profética?*

Entre los especialistas se discute si Ap debe ser considerado como una obra apocalíptica o más bien profética. El lenguaje es ciertamente apocalíptico y, en cuanto tal, parece situar la obra dentro del género apocalíptico. Además, Juan da a la obra el título de *apocalipsis*, palabra griega que significa *revelación*. Pero también es verdad que el autor se denomina a sí mismo profeta y que, en contra de lo que suelen hacer los escritores apocalípticos, no quiere que el contenido de su obra quede sellado, oculto, durante un tiempo. Así en 22,10, aunque el motivo que se da para ello es típicamente apocalíptico: el momento decisivo ya está a las puertas y, por ello, no queda tiempo ¡para mantener oculta la revelación!

#### 5. *El caballo blanco de 6,1-2*

Todos los comentaristas están de acuerdo en que la visión de los cuatro caballos con sus jinetes respectivos depende de Zac 1,8; 6,8. La mayoría de los especialistas se inclina por interpretar a los cuatro formando como una unidad, lo cual implica que el primer jinete deba ser visto como portador de una plaga y no como Cristo. Muchos verían en él una alusión a los partos, que eran una amenaza real para el Imperio romano <sup>46</sup>. Pero el color blanco es una razón importante para suponer que el caballo blanco que monta el primer jinete del septenario de los sellos (6,1-2) no debe ser interpretado negativamente, como el resto de los caballos que simbolizan los azotes de la humanidad, sino que es montado por Cristo, que es el que aparece también sobre un caballo blanco en la primera visión del quinto septenario (19,11-16) <sup>47</sup>. Con ello la victoria de Cristo

<sup>46</sup> Ésta es la interpretación que propone Böcher, recogiendo las opiniones de Bousset, Charles, Lohmeyer, Hadorn, Sickenberger, Wikenhauser y Kraft; cf. *Johannesapokalypse*, 47-56.

<sup>47</sup> Así lo interpreta P. Prigent, *L'Apocalypse de Jean* (París 1981) 109s, siguiendo a A. Feuillet, *Le premier cavalier de l'Apocalypse*, ZNW 47 (1966) 229-259, aunque menciona que se ha interpretado también este jinete como un poder maléfico. Los autores que niegan que pueda referirse a Cristo se-

enmarca toda la historia. Así, con un procedimiento típico de Juan, la visión de 6,1-2 anticipa y orienta hacia el triunfo escatológico de Cristo, que es el motivo que domina todo el Apocalipsis. Por otro lado, el mismo Juan rompe de hecho el paralelismo entre los cuatro jinetes en 6,8b, cuando resume con una cita de Ez 14,21 los efectos de la actuación de los jinetes, ¡sin incluir al primero!

#### IV. TRABAJO PERSONAL Y BIBLIOGRAFÍA

##### 1. Orientaciones para el trabajo personal

###### a) *Inclusión entre prólogo y epílogo*

Se trata de descubrir las coincidencias entre el prólogo (1,1-8) y el epílogo (22,6-21). Para ello, hay que responder a las siguientes preguntas: ¿qué motivos o temas se repiten en uno y otro?; ¿qué elementos asimilan Ap a una carta? Para responder a esto último, comparar Ap con los comienzos y finales de las cartas de Pablo. ¿Qué elementos litúrgicos aparecen en el prólogo y en el epílogo? En este caso hay que descubrir todos los himnos que van apareciendo a lo largo del libro, procurando, con ayuda de su trasfondo veterotestamentario, ver qué es lo que revelan sobre Dios y sobre Jesús y sobre el modo como Dios actúa en la historia.

###### b) *Estructura del septenario de las cartas*

Para descubrir la manera sistematizada cómo Juan formula su obra, merece la pena analizar la estructura de las siete cartas, buscando el patrón que el autor utiliza en todas ellas. Puede recorrerse el siguiente itinerario:

1. Ver cómo todas empiezan con la fórmula «Escribe al ángel de la Iglesia de... (sigue el nombre correspondiente a cada Iglesia).

2. Ver cómo a continuación todas emplean la fórmula «esto dice» (y siguen unos títulos diferentes, aplicados a Jesús) y comprobar cómo estos títulos están sacados de la visión inicial de 1,9-20, que es la introducción a las cartas.

ñalan su paralelismo con los otros tres jinetes, que tienen ciertamente un sentido negativo; algunos piensan p. ej. en una alusión a los partos, que constituían una amenaza para Roma, cf. J.P.M. Sweet, *Revelation* (Filadelfia 1979) 137s. La presentación y discusión de las distintas opiniones sobre este punto puede verse en Ch. Brütsch, *La clarité de l'Apocalypse* (Ginebra 1966) 119-123; por otra parte, según Brütsch el jinete sería Cristo.

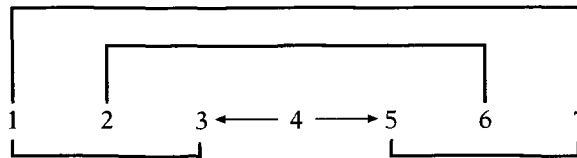
3. Constatar cómo con la fórmula «conozco» se indica luego lo positivo de cada comunidad, y ver si en todas las cartas es así (en las cartas quinta y séptima se indica antes lo negativo).

4. Comprobar cómo con la fórmula «pero tengo contra ti» se indican a continuación los defectos de cada comunidad y ver si en todas es así (en las cartas quinta y séptima se invierte el orden; en las cartas segunda y sexta no se indica nada negativo de la comunidad).

5. Señalar la llamada al arrepentimiento que viene a continuación en todas las cartas (excepto en la segunda y sexta).

6. Ver si todas las cartas tienen la fórmula de advertencia «el que tenga oídos que oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias», así como una promesa para los que se mantengan fieles; y observar si en todas está en el mismo lugar (en las cartas cuarta y séptima la advertencia viene a continuación de la promesa). ¿Qué tipo de promesa y por qué se hace en cada carta?

7. Tratar de descubrir la estructura concéntrica que se pone de manifiesto entre las siete cartas. Para ello, además de lo que acabamos de ver, se puede mirar en qué cartas se menciona a los nicolaítas y a los judíos, en qué se diferencia la cuarta del resto de las cartas, etc. ¿Parece adecuada una estructura como la siguiente?:



*c) Paralelismos entre los septenarios*

Comparar entre sí las cuatro primeras trompetas con las cuatro primeras copas: sobre la tierra, el mar, las aguas dulces y el sol. Ver semejanzas y diferencias con los cuatro primeros sellos.

Comparar la quinta trompeta (sobre los hombres incrédulos) con la quinta copa (sobre el trono de la Bestia) y ver la relación con el quinto sello, en el cual los mártires claman venganza.

Comparar entre sí el sexto sello, la sexta trompeta y la sexta copa. Ver cómo los rasgos característicos aparecen dos veces de manera idéntica y la tercera de manera correlativa: *cuatro ángeles y un ángel* (7,1-2 y 9,14; cf. los reyes en 16,12); el ángel sube *de oriente* (7,21

y 16,12; cf. 9,14); *el gran río Éufrates* (9,14 y 16,12; cf. 7,4-8). Ver el progreso entre ellos: en 7,2-3 el ángel es retenido; en 9,14-15 los ángeles son encadenados y liberados, un tercio es destruido; en 16,12 el Éufrates se seca para dejar pasar, destrucción total.

## 2. Orientaciones bibliográficas

### a) Lengua y estilo

Aparte de los comentarios y obras generales ya indicados, sobre la lengua y el estilo de Ap podemos consultar las páginas que Charles dedica el tema (*op.cit.* CXVII-CLIX) y dos obras que tratan específicamente del tema: G. Mussies, *The Morphology of Koine Greek as used in the Apocalypse of John. A Study in Bilingualism* (Leiden 1971); A. Lancellotti, *Sintassi ebraica nel greco dell'Apocalisse. I. Uso delle forme verbali* (Asís 1964); también interesa el artículo de Mussies, *The Greek of the Book of Revelation*, en Lambrecht, *op.cit.* 167-177.

### b) Simbolismo y mito

Sobre el simbolismo de Ap, cf. U. Vanni, *L'Apocalisse*, 31-61, quien clasifica los símbolos en cósmicos, teriomórficos, antropológicos, cromáticos y aritméticos. Son también de interés M. Veloso, *Símbolos en el Apocalipsis de San Juan*, *Revista Bíblica Argentina* 38 (1976) 321-333; J.-N. Aletti, *Essai sur la symbolique céleste de l'Apocalypse de Jean*, *Christus* 28 (1981) 40-53; E. Cothénet, *Le symbolisme du culte dans l'Apocalypse*, en *Le Symbolisme dans le culte des grandes religions*, Lovaina la Nueva (1985) 223-238; H. Giesen, «Das Buch mit den sieben Siegeln». *Bilder und Symbole in der Offenbarung des Johannes*, *Bibel und Kirche* 39 (1984) 59-65.

Capítulo aparte merece la consideración específica del mito. En general ha sido estudiado por R. Halver, *Der Mythos im letzten Buch der Bibel. Eine Untersuchung der Bildersprache der Johannes-Apokalypse* (Hamburgo/Bergstadt 1964). Sobre todo Ap 12 ha dado pie a la búsqueda de su posible trasfondo bíblico, cf. A. Yarbro Collins, *The Combath Myth in the Book of Revelation* (Missoula 1976).

### c) Uso del Antiguo Testamento

Una visión sinóptica de los paralelos de Ap con el AT la encontramos en U. Vanni, *Apocalisse e Antico Testamento: una sinossi* (Roma, 1987). Cf. también J.M. Efird, *Daniel and Revelation. A Study of Two Extraordinary Visions* (Valley Forge 1978); G.K. Beale, *The Use of Daniel in Jewish Apocalyptic Literature and in the Revelation of St. John* (Lanham 1984); A.B. Mickelsen, *Daniel and Revelation: Riddles or Realities* (Nashville 1984); más bibliografía en U. Vanni, *L'Apocalisse*, 8-9.

d) *Literatura apocalíptica*

Sobre la literatura apocalíptica, en general, y sobre los apócrifos judíos y cristianos, puede verse en español la obra sencilla de H. Cousin, *Vidas de Adán y Eva, de los patriarcas y de los profetas. Textos judíos contemporáneos de la era cristiana* (Estella 1981), que contiene diversos fragmentos apocalípticos judíos, con una breve introducción y un comentario sencillo de lo fundamental de la obra en cuestión. Para la traducción completa de la mayoría de los textos en relación con el AT, aunque faltan todavía las obras fundamentales de 4 Esdras y 2 Baruc, con introducción, notas y bibliografía, puede verse ahora A. Díez Macho (ed.), *Apócrifos del Antiguo Testamento* (Madrid 1982ss); han aparecido 5 volúmenes, de los cuales el primero es de introducción y trata el fenómeno apocalíptico. Para los textos apocalípticos cristianos, puede verse la obra italiana de M. Erbetta, *Gli Apocrifi del Nuovo Testamento. III: Lettere e Apocalisse* (Casale Monferrato 1969), o la inglesa de M.R. James, *The Apocryphal New Testament* (Oxford 1924; 1966); sobre el Apocalipsis de Pedro puede verse en catalán la obra colectiva *Apòcrifs del Nou Testament* (Barcelona 1990) 309-324, con introducción, traducción y notas de X. Alegre. En IEB 10 se encontrará una introducción completa a este tema.